

25



UNIVERSIDAD NACIONAL AUTONOMA DE MEXICO

ESCUELA NACIONAL DE ESTUDIOS PROFESIONALES "ACATLAN"

Una viajera en México: Madame Calderón.

Un enfoque historiográfico.

290301

SEMINARIO - TALLER EXTRACURRICULAR QUE PARA OBTENER EL TITULO DE: LICENCIADA EN HISTORIA PRESENTA: LUCIA VARGAS VEGA

ASESORA: LIC. AURORA FLORES OREA.



ACATLAN, EDO. DE MEXICO. MARZO DE 2001.





Universidad Nacional
Autónoma de México



UNAM – Dirección General de Bibliotecas
Tesis Digitales
Restricciones de uso

DERECHOS RESERVADOS ©
PROHIBIDA SU REPRODUCCIÓN TOTAL O PARCIAL

Todo el material contenido en esta tesis esta protegido por la Ley Federal del Derecho de Autor (LFDA) de los Estados Unidos Mexicanos (México).

El uso de imágenes, fragmentos de videos, y demás material que sea objeto de protección de los derechos de autor, será exclusivamente para fines educativos e informativos y deberá citar la fuente donde la obtuvo mencionando el autor o autores. Cualquier uso distinto como el lucro, reproducción, edición o modificación, será perseguido y sancionado por el respectivo titular de los Derechos de Autor.

A Chino y Andy.

Por ser mis motivos más grandes para seguir adelante.

A Sal.

*Gracias por tu ayuda incondicional, por apoyarme
en este trabajo que también te pertenece.*

A mis papás.

*Con cariño y agradecimiento les ofrezco este trabajo.
Gracias por sus enseñanzas.*

A mis hermanos.

Zulenes siempre están conmigo. Gracias.

A mis maestros del Seminario de Historiografía.

*Infinitas gracias, especialmente a la Lic. Aurora Flores Olea,
mi asesora, quien en todo momento atendió mis interrogantes.*

ÍNDICE

ÍNDICE.	I
INTRODUCCIÓN.	1
Capítulo 1	
1. MADAME CALDERÓN: UNA MUJER, UNA ÉPOCA.	4
Capítulo 2	
2. EL PENSAMIENTO EN MADAME CALDERÓN.	19
2.1. La ilustración.	19
2.2. La revolución industrial.	21
2.3. El romanticismo.	22
2.4. Madame Calderón: la protagonista, la narradora.	24
2.5. Madame Calderón: su pensamiento romántico.	26
2.6. Motor de la historia.	28
2.7. Madame Calderón: la visionaria.	31
Capítulo 3	
3. LA HISTORIA EN MADAME CALDERÓN.	35
3.1. <u>La vida en México.</u>	35
3.1.1. Objetivos al editar la obra.	37
3.1.2. Utilidad de la obra.	38
3.1.3. Público a quién se dirigió la obra.	39
3.1.4. Objetivos al escribir las cartas.	40

3.1.5. Estructura del texto.	42
3.2. La historia: concepto y utilidad.	43
3.2.1. Los hechos históricos.	45
3.2.2. Sujeto de la historia.	46
3.2.3. La explicación histórica en <u>La vida en México</u>	48
3.2.4. Límites de la autora.	50
3.2.5. Metodología.	55
3.2.6. Fuentes.	56

Capítulo 4

4. LAS FIGURAS HISTÓRICAS EN: LA VIDA EN MÉXICO. 58

4.1. Guadalupe Victoria.	58
4.2. Antonio López de Santa Anna.	59
4.3. Anastasio Bustamante.	61
4.4. La Güera Rodríguez.	63
4.5. Lucas Alamán.	64
4.6. Andrés Quintana Roo.	65

Capítulo 5

5. ANÁLISIS COMPARATIVO. 67

5.1. La Condesa Paula Kolonitz.	68
5.2. <u>Un viaje en México en 1864</u>	69
5.3. Cuadro comparativo.	72
5.4. Análisis.	75

CONCLUSIONES. 90

BIBLIOGRAFÍA. 94

INTRODUCCION

La historia del hombre está reflejada en el mundo actual. La política, la sociedad y la cultura son condicionadas por nuestro pasado humano. Conocer la historia es conocernos a nosotros mismos. Y la manera de interpretarla nos la ofrece la práctica historiográfica.

Sin embargo, en un afán de buscar una explicación sistemática al devenir histórico, los historiadores nos alejamos de los procesos históricos cortos. Buscamos generalizar causas, y no es que sea equivocado, pero considero que gran parte de la historia se integra, se forma, a partir de lo cotidiano, de lo individual.

Una obra que nos ofrece observar la historia desde esta perspectiva es La vida en México, de Madame Calderón de la Barca, una dama que fue testigo de los hechos, y aún los plasmó en una serie de cartas enviadas a sus familiares y amigos entre 1839 y 1841. Esta obra contiene no sólo referencias descriptivas, fue más allá, pues nos permitió conocer la forma de vida cotidiana de los habitantes del siglo XIX en la ciudad de México.

Los editores del libro Viajeros Mexicanos afirman:

“La gente se traslada para divertirse, para comprar; y en todas partes les esperan ávidos los vendedores de cosas. Regresan a su país de origen como el que ha ido a una fiesta cualquiera; y no relatan nada nuevo, no nos comunican su interpretación personal de los lugares visitados, la emoción que pudo suscitar en ellos la verdadera contemplación de lo que les brindó cada ciudad, cada paisaje” (1)

1. Teixidor Felipe, Viajeros mexicanos (siglos XIX y XX), Porrúa, “Sepan Cuantos”, no. 350, México, 1982, p. XII. El subrayado es de la edición

Por fortuna existen libros como el de Madame Calderón, quien con una apreciación distinta sobre la Historia, nos invitó a leer su obra.

Frances Erskine ó Madame Calderón llegó a nuestro país como esposa del primer ministro español a México. ¿Imaginó la aventura que la esperaba? Seguramente no, pues a lo largo del texto, es posible observar su latente asombro ante lo que veía: comenzando por la naturaleza del país, ciertamente desconocida a sus ojos, o el mestizaje, que en su clara fusión de españoles e indígenas alcanzaba todo: las costumbres, las festividades, la comida, las ceremonias, la gente, y especialmente la religiosidad.

Al leer la obra, el mundo del siglo XIX se nos presenta coherente, pues casi dos siglos después seguimos desconociendo las formas de vida pasada, así, retomamos este texto que está escrito por alguien que no escatimó descripciones y relatos. Es pues ilustrativo y acompañados de la mano de esta extranjera nos adentramos en situaciones, conflictos armados ó anécdotas.

Considero que este texto encuadra en la historiografía mexicana, aún sin haber sido escrito por un compatriota, ya que el tema principal es precisamente eso: México. La manera como cada historiador aborda el devenir histórico es distinta, pues cada interpretación está condicionada por el ambiente de su época. Pero allí radica la importancia de la historiografía: el saber de quién hablamos.

No dudo que otras interpretaciones historiográficas surjan a partir de La vida en México. Por lo pronto ofrezco un análisis de lo que consideré relevante. El resultado es este trabajo dividido en cinco capítulos y sus conclusiones.

El primer capítulo corresponde a la vida de Frances Erskine más tarde conocida como Madame Calderón. Es necesario adentramos en su biografía, pues a partir de allí, su obra estará comprendida en función de lo que vivió: familia, educación, nivel social.

El segundo capítulo aborda las corrientes de pensamiento que prevalecían en la época de nuestra autora. Además profundiza en algunos conceptos de tipo filosófico, que aún sin el rigor de un historiador científico, Madame Calderón los expresó intrínsecamente.

El tercer capítulo presenta la visión de la historia en Frances Calderón. En este apartado indagué la manera en que la autora respondía a la problemática de la historia, es así, una apreciación particular de lo que para ella significaba esta disciplina, el sujeto histórico, la metodología que utilizó, etc.

En el cuarto capítulo se ofrece el resultado de las descripciones que nos dejó la autora sobre personajes que pasaron a la historia de México: cómo los vio y lo que le inspiraron.

El quinto y último capítulo se trata de una comparación entre las obras de Madame Calderón y la Condesa Paula de Kolonitz, cuyo libro Un viaje a México en 1864, es el resultado de su estadía en el país formando parte de la corte del emperador Maximiliano.

Finalmente las conclusiones. Como en todo trabajo, arrojan los resultados de haber realizado este análisis, qué nos aportó como obra y por qué es importante su interpretación.

Sólo me queda agregar que sin duda Madame Calderón aceptó el desafío de dar cuenta de su época. Su obra allí está esperándonos para recogerla, para reinterpretarla, para ser atendida. Y yo, incipiente historiadora, aspirando a comprender el pretérito heredado, y percatándome de la responsabilidad de “dar cuenta del pasado”.

“Y como si no hubiera uno viajado bastante con el cuerpo, empecé a viajar con la imaginación hacia muy lejanas y diferentes escenas, y me dormí al fin con mis pensamientos en Escocia, para despertarme en México.” (2)

2. Madame Calderón de la Barca, La vida en México, traducción y prólogo de Felipe Teixidor, México, Porrúa, “Sepan Cuantos” no. 74, 1987, p. 38

1. MADAME CALDERON: UNA MUJER, UNA EPOCA.

La tensión de una gesta se percibía en el ambiente, recién se inauguraba un siglo, el XIX y con él cambios profundos para un pueblo: aires de independencia. Una colonia quedaba atrás: la Nueva España dejaba de serlo.

Mientras tanto, allá en la lejana Europa la centuria también marcaba un compás intermitente de transformaciones, pues un espíritu racional había heredado el siglo de las luces. La Ilustración había traído las nuevas teorías liberales con respecto al gobierno y a la administración de un Estado. Las reformas derivadas del deseo de mejorar intelectual y económicamente elaboradas por ciertos gobernantes, recibieron el nombre de Despotismo Ilustrado, que se hizo especialmente patente en ciertos estados europeos, a saber: Francia, Austria, Rusia y Prusia. Acompañaban al espíritu racional las ideas de libertad y los derechos del hombre que se vieron cristalizados en la Revolución Francesa.

En este acontecer, vinculado a los cambios drásticos y profundos, vio la luz primera Frances Erskine Inglis Stein, en la ciudad de Edimburgo, Escocia, lugar que no era ajeno a las vicisitudes del momento. He de suponer que el día de su nacimiento es el que proporcionó en su obra: "3 de diciembre. He tenido muchas visitas por ser este mi *día de fiesta*. (1)

1. Madame Calderón de la Barca, *La Vida en México*, traducción y prólogo de Felipe Teixidor, México, Porrúa, "Sepan Cuantos", no. 74, 1987, p. 214

Felipe Teixidor su más distinguido biógrafo, aporta datos valiosos sobre el año en que nació, basado en su acta de defunción: “[...]falleció a los setenta y seis años de edad. De ser exacto el dato, habría nacido en 1806”. (2)

Fueron sus padres William Inglis de Maners y Manerhead, abogado de la corte y Juana Stein, ama de casa y venida de buena cuna. De esta noble unión nacieron ocho hermanos: William, Alexander, Andrew, Richmond, Kate, Harriet y Lydia (Frances ocupaba el segundo lugar entre las hermanas). Siendo su padre un eminente ministro, podemos deducir que su nivel económico fue estable, y a pesar de que se ignora la educación que Frances recibió, sin duda ésta debió ser esmerada y amplia, como correspondía a una señorita de su posición. Escocia formaba parte desde 1603 de Inglaterra, así es que los conflictos en que tomaba parte esta última, invariablemente afectaban el territorio escocés.

Fue hacia 1802 (poco antes del nacimiento de nuestra autora) que Inglaterra firmó la paz con Francia en Amiens, luego de que Napoleón siendo Cónsul se enfrentara a los países coaligados en su contra. Así, Inglaterra se comprometió a entregar a Francia sus colonias en América, a evacuar Egipto y Malta. Francia por su parte se comprometía a abandonar Nápoles.

Más tarde, el imperio Napoleónico (1804) despertará la conciencia nacional de los diversos pueblos europeos, prestando combate intenso al emperador. Inglaterra no se quedó atrás y trató de captarse el apoyo de Austria, Rusia y Prusia pues Napoleón amenazaba su comercio con Asia, América y la misma Europa: en la batalla de Trafalgar vencen a Napoleón en el mar. En varias coaliciones más, Inglaterra se opuso al dominio

2. Madame Calderón, *op. cit.*, p.XV

francés, y aunque logró hacer prisionero a Napoleón, éste regresó del destierro a gobernar por 100 días más y encontrarse otra vez en la feroz batalla de Waterloo (1815) en la que finalmente fue derrotado por los ingleses.

Este inquieto panorama marcó una pauta en la vida de Frances Erskine, pues vivió a lo largo de su vida frecuentes movimientos de toda índole: guerras, asonadas, pronunciamientos, motines, destierros, no siéndole ajeno ni el dolor ni la desdicha que conlleva un movimiento armado.

Aún siendo muy joven nuestra autora, su hermano William Inglis “[...]tuvo la mala fortuna de salir fiador de un noble escocés, el cual, al declararse insolvente, arrastró en su ruina al padre de Frances”. (3)

Así, este último antes de perecer en una cárcel para deudores (tan comunes en Inglaterra) se refugió en Boulogne, Francia, llevando en su exilio a su familia. De lo anterior se deduce que “Fanny”, (como también la llamaban), aprendió el francés. Por esta época escribió su primera novela, de la que sólo se conoce el título: The Offended One.

También era testigo circunstancial de las corrientes imperantes en Europa, a saber: el romanticismo y un cierto conservadurismo provocado por la revolución francesa y como un rechazo de la misma:

“Esta ideología conservadora asimila parte de la obra de filósofos [...] como Fichte, Schelling o Hegel, por lo que contienen un triunfo del individualismo espiritualista frente al naturalismo racionalista que había inspirado la ilustración y la misma revolución francesa” (4)

3. Teixidor, Felipe “Prólogo”, en: Madame Calderón, op. cit., p XV.

4. Gómez Navarro, José, y otros, Historia del Mundo Contemporáneo, México, Alhambra, 1996, p. 106.

De su estancia en Francia mucho se debe deducir, pues es hasta la muerte de su padre (1830) y cuando éste es enterrado en Southampton, que la familia vuelve a dar de qué hablar: “La viuda, en compañía de sus hijas, Frances, Kate, Harriet y Lydia, emigra a los Estados Unidos de Norteamérica, y se establece en la ciudad de Boston, en donde abre un Colegio para señoritas.” (5) *

Seguramente no era un mero afán de aventura el que lanzó a la familia a emigrar: “El auge de estos masivos desplazamientos tras las guerras napoleónicas tuvo estrecha relación con el gran crecimiento experimentado por la población europea” (6). Según Willi Paul Adams, en su obra Los Estados Unidos de América:

“En cualquier caso, todos los movimientos migratorios a los Estados Unidos, fueron en parte consecuencia del hecho de que allí los salarios eran más elevados que en el resto del mundo” (7)

Sea cual fuere el motivo de su arribo a América, posiblemente lo que más atrajo la atención de la familia fue el hecho de que a Estados Unidos se le veía como un modelo de libertad, de aceptación, un lugar para empezar de nuevo:

“Tal vez uno de los factores que mayor influencia ejerció sobre la aparición de la emigración masiva fue el hecho de que el pueblo conociera mejor la realidad americana. . .” (8)

5. Teixidor, op. cit., p. XVI

* Se ignora el paradero de sus hermanos, hasta que más tarde se les menciona formando sus propias familias e insertados en la élite europea.

6. Adams, Willi Paul, Los Estados Unidos de América, traducción de Máximo Cajal y Pedro Gálvez, México, Historia Universal siglo XXI, volumen. 30, 1977, p. 166

7. Ibidem, p. 168

8. Ibidem, p. 169-170

El colegio que la familia Inglis establece en Chesnut Street es diferente a los que rigen la educación en Boston, pues tiene una modalidad: “[...] la de ser dirigida por mujeres, pues era costumbre que fuesen maestros los que cuidaban de la educación del bello sexo bostoniano”. (9)

Andrew Jackson comandaba la reciente nación, su era estuvo caracterizada por un gobierno democrático, las ideas imperialistas de expansión, un orgullo nacional, y la exaltación del individuo como tal. En lo cultural privaba el movimiento románticista proveniente de Europa. Boston, era considerada en la época en que Frances radicó allí, como sede de la cultura refinada estadounidense:

“[...] era el hogar de una aristocracia social e intelectual que hizo mucho por lograr una literatura “respetable” en una época en que la gente estaba preocupada por la política, la tecnología y el progreso económico” (10)

Frances prestó valiosa ayuda en el colegio, pues su aire europeo y su impecable francés le atraen el respeto de la comunidad. Pronto da a conocer sus dotes literarias y pedagógicas. Además de mejorar su economía al lado de su familia, Frances ganó prestigio y sobre todo amistades perdurables, como los eruditos Henry Longfellow y James Lowell. Una de las figuras más respetables que conoció fue la de George Ticknor, reconocido filósofo e hispanista norteamericano, quien cooperó activamente en la difusión del estudio de las lenguas europeas en los Estados Unidos. También se le reconoce el haber hecho el acopio de una rica biblioteca hispánica a la que indudablemente acudía Frances, como quien bebe de la fuente directa del saber. Posiblemente en este acervo encontró la base de sus conocimientos sobre el país que posteriormente visitaría y analizaría: Humboldt le abrió las

9. Teixidor, *op. cit.* p. XVI

10. Degler, Carl N. y otros, Historia de los Estados Unidos. La Experiencia Democrática, traducción de Haroldo Díez, México, Limusa, 1992, p. 163

puertas a un mundo desconocido, a una nueva cultura, a un choque de pensamiento que más tarde se haría realidad.

También data de tales años su amistad con el que probablemente fuera su más fuerte influencia intelectual: William Prescott.

“Verdaderos amigos desde el primer momento, ligados por afinidades de clase y de cultura y de confianzas literarias [...] ¿Cómo podía adivinar el futuro autor de “La Historia de la Conquista de México”, en esa muchacha escocesa a su corresponsal de mañana?. Pues será ella quien le proporcionará los colores, y también las sombras, para pintar a los indios y a los paisajes...” (11)

William Prescott, con una amplia cultura mundial, debió impregnar a la joven Frances de su herencia ilustrada y su talante de pensamiento romanticista, mismas ideas que intrínsecamente Frances plasmó en descripciones posteriores. Fue en casa de Prescott donde la señorita Inglis también conoció a su futuro esposo: don Angel Calderón de la Barca, ministro plenipotenciario de España en Washington. Tiempo atrás, don Angel se había relacionado con Prescott porque se ofreció a traducir su obra sobre los Reyes católicos, quedando esta tarea solo en planes, ya que don Angel tenía múltiples compromisos.

Diplomático y erudito como pocos, Frances vio en el embajador un buen partido, y a pesar de profesar diferentes religiones, se casaron pocos meses después (1838). Tenía Frances 32 años y don Angel rebasaba los cincuenta. Después de la boda “mixta” de la cual no se han encontrado referencias, partieron a Washington. Aun estaba reciente su enlace cuando el gobierno español reanudó relaciones diplomáticas con México, luego de reconocer tardíamente su independencia con la firma del Tratado de Paz y Amistad de

11. Teixidor, *op. cit.* p. XVII

1836. Entonces se decidió que España debía tener un embajador y la corona encontró en don Angel Calderón al más apto por su amplia trayectoria política, y su carácter diplomático innato.

Así fue como Frances, en calidad de esposa del primer ministro español en la historia de México, viajó a nuestro país. La pareja zarpó del puerto de Nueva York el 27 de octubre de 1839, e hicieron una escala en Cuba:

“Nada más sorprendente a primera vista que esta fortaleza levantada sobre las duras rocas, con sus torres almenadas [...] Al entrar anoche en esta hermosa bahía todo nos pareció extraño y pintoresco a la vez” (12)

A su llegada a México, el primer asombro para Madame Calderón fue la naturaleza exótica e irregular del paisaje: diferentes climas, disociación en estampas y costumbres. El mestizaje de una nación en la más plena acepción de la palabra fue lo que trastocó su carácter sajón, que desde entonces manifestó en sus misivas.

Todo aquello no era casual, o al menos, no lo que correspondía a la historia del país, devenir que estaba hilado en un pasado prehispánico y una época colonial. El México que la señora Calderón encontró debatía aún una lucha interna, pues tras la aparente estabilidad social, se escondían movimientos populares. Los últimos años de agitación habían correspondido a la búsqueda de la identidad nacional. El reacomodo de clases, tras la lucha por la independencia, dejó un sonoro descontento en quienes no había hecho justicia la guerra civil. El constante conflicto entre federalistas y centralistas aunado a la era de Santa Anna, marcaban el ritmo en la política.

12. Madame Calderón, *op. cit.*, p. 6

Entre los más destacados ideólogos de la época se encontraba el Dr. José María Luis Mora, quien buscaba la independencia económica y veía en el poder eclesiástico un “perjuicio para la sociedad”. También figuraba don Lucas Alamán, quien proponía un gobierno fuerte y que no fuera federalista, y en general pugnaba por un desarrollo económico.

Desde 1835 el país había sido declarado una república central con la constitución llamada de las “Siete Leyes”. En las relaciones internacionales, Texas se había sublevado (1835) al oponerse a los decretos expedidos por la citada constitución, y un año más tarde se había separado del país con el apoyo tácito del gobierno norteamericano, lo que dio pie a constantes conflictos entre el mismo gobierno y la opinión pública.

Los sucesivos períodos gobernados por Santa Anna reflejaban una anarquía no sólo política, sino hasta social. Nuestro país aún no alcanzaba a “curarse” el trauma de haber perdido Texas, cuando empezaron los problemas con Francia:

“Un pastelero francés cuya tienda había sido saqueada hacía algunos años por un grupo de soldados, exigió una compensación; la renuncia o la incapacidad de México para pagarla, le dio a Francia un bienvenido pretexto para invadir Veracruz en 1838. Este episodio llegó a ser conocido como la Guerra de los pasteles” (13)

Con esta acción, Santa Anna regresó de su retiro en Manga de Clavo, (hacienda que el gobierno le había obsequiado) para intervenir: rápidamente se trasladó a Veracruz, donde actuando valientemente, logró que sus errores fueran perdonados –léase, la pérdida de Texas-- y restauró su popularidad en la defensa del puerto. A pesar de que México resultó

13. Bazant, Jan, *Breve historia de México. De Hidalgo a Cárdenas (1805-1940)*, México, Ediciones Coyoacán, Diálogo abierto / 34/ Historia, 1995, p. 54-55.

derrotado en la contienda, se logró la paz con prontitud en marzo de 1839, obligándose el gobierno mexicano a pagar las reclamaciones francesas.

No bien acababan de darse estas condiciones, cuando apareció en la escena nacional la señora Calderón para dar cuenta de todo lo que vio y oyó. Su cercanía a los altos cargos del gobierno como esposa de don Angel Calderón, le permitieron conocer de cerca cómo se entretaña la política, pero fue más común el verla interesarse por la cultura.

Sostuvo desde su llegada, también, estrecha relación con las familias más opulentas y acaudaladas: los Adalid, los Fagoaga, los Escandón, los Vivanco y los De La Cortina, quienes la pusieron al tanto de la sociedad de la época.

Pero no todo era frivolidad dentro de su grupo social. Las personalidades más relevantes que pasaron a la historia desfilaron ante sus ojos: el mismo Santa Anna recibió al matrimonio en su hacienda de Manga de Clavo; en otra ocasión cenó con don Anastasio Bustamante, compartió opiniones varias con el excelso Lucas Alamán; y Guadalupe Victoria, Gutiérrez de Estrada y Gómez Farías fueron retratados por su pluma con fidelidad.

También los amotinamientos en la ciudad de México fueron descritos con detalle:

“La época histórica que le tocó en suerte de vivir a nuestra ilustre viajera fue de dominación centralista en su primer tambaleo, cuando Urrea y Gómez Farías (sublevados federalistas) habían tomado prisionero por algunas horas al que era presidente de México, Anastasio Bustamante (julio de 1840)” (14)

Así mismo fue testigo del movimiento conocido como “Plan de Tacubaya” y vio el regreso del General veracruzano: “Santa Anna ha triunfado, y con ello ha concluido la revolución de 1841, más no sus efectos” (15)

Así era: Santa Anna iniciaba su gobierno a base de una dictadura militar que reorganizaría al país. Como el congreso era liberal y federalista, Santa Anna percibió que había oposición contra estas medidas y lo disolvió; esta determinación le acarreó mayores conflictos que lo obligaron a ceder su puesto a Nicolás Bravo. Hoy la historia nos confirma que no sería este su último gobierno. Mientras tanto, hacia 1842, don Angel Calderón recibió la noticia de ser reubicado otra vez como ministro en Washington y Madame Calderón hubo de anteponer la razón a su cariño por el país que le abrió los brazos. Un adiós no muy lejano. Una obra que heredar al mundo se publicaría más adelante: resultado de la comunicación epistolar que en todo momento mantuvo con sus amigos y familiares en Estados Unidos. Cabe reflexionar los motivos que llevaron a Madame Calderón a publicar sus cartas. En primer lugar, la insistencia de William Prescott la llevó a considerar la posibilidad de darlas a conocer al público, pero más que ello debió de converger el interés por demostrar a Europa, y en especial al pueblo estadounidense, una cultura por demás desconocida. Al menos debió creer que la descripción de la que hizo gala llenaría un hueco en el conocimiento de costumbres y tradiciones ajenas a aquellas latitudes sajonas, tan ajenas como lo fueron para ella.

15 Madame Calderón, *op. cit.* p. 322

Madame Calderón no quiso aparecer como autora de sus propias cartas frente al público y se guardó para sí el anonimato, pero William Prescott lo rompió: “A pesar de que ella decline el darlo a conocer, me siento muy complacido al manifestarlo como vía de introducción al público”. (16)

No bien acababa el año de 1842, cuando Prescott redactó este prefacio en Boston, satisfecho de la selección de cartas que Madame Calderón publicaría un mes después. Las primeras ediciones de que se tiene noticia fueron publicadas en Londres y Boston con diferencia de pocos meses.

En México la obra no pudo ser leída en español sino hasta 1920 (cuando es traducida), y por lo tanto los juicios que de ella se hacen en la época son casi desconocidos. Dichos juicios fueron elaborados por personajes que leyeron la obra en el extranjero, en ellos abundan las palabras: “Con una parquedad no exenta de resentimiento” (17), palabras que encontramos en escritores como Martínez de Castro y Manuel Payno; ellos no vieron la obra como lo que actualmente significa para muchos de nosotros: como una fuente de la historia.

Después de ver impresa su obra, Madame Calderón tuvo que emprender vuelo a otras latitudes. Como he dicho, don Angel había regresado a Washington, y ahí permanecieron hasta 1853, cuando nuevamente el gobierno español requirió los servicios del diplomático, esta vez en Madrid, donde ocupó el puesto de ministro de Estado en el gabinete presidido por el conde de San Luis. Durante esta estancia en España, bajo el impopular gobierno de

16. Prescott, en “Prefacio”, *La vida en México*, *op. cit.* p. LXIX

17. Teixidor, *op. cit.* p. IX

Isabel II, hija de Carlos III, Madame Calderón aprovechó el tiempo para redactar The Attaché in Madrid, muy parecida en cuanto a estructura a las cartas que sobre México publicó, ya que se basó en figuras políticas y estuvieron impregnadas de su particular estilo.

Hacia 1854, la pareja Calderón se vio obligada a abandonar España tras la revuelta militar que se vivió durante el gobierno de la Reina Isabel II. Se establecieron en Francia hasta 1858, año éste en que don Angel Calderón regresó al senado español, ocupando su último cargo, pues la muerte lo sorprendió en 1861.

Lamentando su dolor, Frances se recluyó en el convento de Anglet, Biarritz, pero salió de su destierro voluntario instada por la Reina Isabel II quien le delegó la educación de su hija, seguramente por las buenas referencias que de ella tenía. Así, Madame Calderón permaneció al lado de Isabel Francisca de Borbón, (hija de Isabel II y hermana de Alfonso XII), hasta que ésta contrajo matrimonio con el conde de Girgento en 1868. Madame Calderón fue fiel a los monarcas españoles y compartió con ellos el destierro mientras en España se proclamaba la República. Tampoco abandonó a la infanta Isabel, cuando esta quedó viuda en 1871.

“Al restablecerse la monarquía borbónica en España, fue nombrada Marquesa* Calderón de la Barca, por el rey Alfonso XII, en 1876” (18). Para entonces, el pasado en Escocia, Estados Unidos y México solo debieron parecerle recuerdos a Madame Calderón. Vivir al lado de los monarcas españoles probablemente le aligeró la existencia, pero no tanto para que esos recuerdos, especialmente los de México volvieran una y otra vez. Ahí en el Palacio, Madame Calderón rememoraba:

18. Diadiuk, Alicia, *op. cit.* p. 16

*Título nobiliario de categoría inferior al de duque y superior al de conde.

“ En las desoladas llanuras se ha quedado detenido, en el acto de caminar, un indio. Le reconoce: es aquel de quien ella dijo que vivía “con la condición de haber de cortar leña y acarrear el agua para el servicio de todo un pueblo, del cual fueron sus antepasados reyes una vez”. Y en esa imagen de lo que fue y de lo que acaba, cree ver la eternidad de México” (19)

Madame Calderón falleció en el Palacio Real de Madrid el 6 de febrero de 1882.

La obra original que nos legó Madame Calderón fue: Life in México, During a Residence of two years in that Country, título que reseña el tema general. Como ya se mencionó, la obra en español no estuvo al alcance de la mayoría de los mexicanos, sino hasta 1920, cuando ya habían pasado casi cuatro décadas del fallecimiento de Madame Calderón , así es que ésta no vio ni por asomo las críticas y comentarios –positivos y negativos–, que su libro inspiró. Y aunque los hubiera conocido, como dice Teixidor, tal vez hubiera preferido ignorarlos, pues luego de aparecida su obra no le gustaba hacer alusión a ésta, sino dedicarse a lo que siempre supo hacer mejor: escribir.

Después de la edición de 1920 de La vida en México, aparecieron en nuestro país otras, y hasta 1959 la editorial Porrúa sacó a la luz una de las más completas en la que se hace un estudio introductorio muy profundo en comparación con el elaborado por Manuel Romero de Terreros*. En dicho prólogo, Felipe Teixidor hace notar las diversas fuentes a las que acudió para presentarnos la personalidad de Madame Calderón, así como sus datos biográficos, es decir, los conocidos hasta entonces y hasta hoy, pues muchos se han perdido.

19. Teixidor, op. cit., p. LXVII

*Edición de 1920, con una traducción del español de Enrique Martínez Sobral, impresa por la librería de la Vda. De Bouret.

Sobre la obra que redactó en España: The Attaché in Madrid, se puede afirmar tácitamente que fue menos célebre, aunque muy ilustrativa; sus páginas eran, en palabras de don Manuel Romero de Terreros:

“[...]amenas a la par que instructivas, puesto que presentaban un brillante cuadro de España durante una época de efervescencia política, junto con retratos al vivo de las personas más notables de aquella corte, que parecían desfilar ante los ojos del lector, como otros tantos actores de un drama interesante” (20)

Sin embargo, y en palabras de Felipe Teixidor, La vida en México significó más que lo que pudo haber representado The Attaché in Madrid, pues al escribir las cartas sobre nuestro país, dio con ello abundancia de datos, amén de retratar fielmente a una sociedad de la que formó parte. También sirvió como fuente de vida costumbrista a los historiadores de aquella época, en especial a William H. Prescott, pero sobre todo a los que buscaron conocer del siglo XIX hábitos, costumbres y lugares: Luis González Obregón, Artemio del Valle- Arizpe, Salvador Novo, entre otros.

Otro legado que nos dejó Madame Calderón fue sentar precedente como escritora de libros de viajeros sobre México: en especial de la presencia femenina, ya que a su obra le siguieron las de viajeras como la condesa austriaca Paula Kolonitz y las anglosajonas Fanny Chambers Gooch, Brilliana Harley de Tweedie, Edith O' Shaughnessy, Leone Blakemore de Moats, Rosa E. King e Irene Nicholson.

Por supuesto Frances no sabía lo que su obra representaría cuando firmó su última carta sobre México el 8 de abril de 1842: “No se dio cuenta, al hacerlo, que había puesto final al mejor libro que jamás haya escrito sobre México un extranjero”. (21)

20. Djadiuk, op. cit. p.15

21. Teixidor, op. cit. p. XXII

Poéticamente se despidió Madame Calderón de la ciudad de México:

“Al encumbrar la altura desde donde se disfruta de la última vista del Valle, ya el primer albor anunciaba el día sobre la ciudad lejana; la niebla aun ceñía las blancas cúspides de los volcanes y se velaba el lago con unas rasantes nubes de vapor que se iban elevando lentamente de la superficie. ¡Y así contemplamos por vez postrera a la ciudad de México!” (22).

El cronista Salvador Novo creyó ver en Madame Calderón al Hernán Cortés que desembarcó en Veracruz, esta vez no para conquistar México, sino para ser cautivada por él. Yo más bien creo que escribir La vida en México fue el asombroso resultado de una mente ágil y dispuesta a captar lo mejor de una nación: su cultura y su gente.

22. Madame Calderón, op. cit., p. 389

2. EL PENSAMIENTO EN MADAME CALDERÓN

En todo autor se manifiesta implícitamente una filosofía. El reconocerla es tarea muchas veces ardua, otras factible. La sinceridad que parece emanar de los escritos de Madame Calderón nos hace posible enfrentarnos a una tarea loable, justificable. ¿Podemos adentrarnos en el pensamiento de alguien del siglo XIX, que además era extranjera?. Me adelanto a asegurar que se puede lograr. Primero me remito a contextualizar el pensamiento de la época, para luego adentrarme en el texto mismo que me ocupa:

2.1. La Ilustración

Es la Ilustración el fundamento del pensamiento moderno. Fue un movimiento cultural que se desarrolló en Europa durante el s. XVIII, pero que tuvo mayor arraigo en Francia, Inglaterra y Alemania.

La Ilustración retomó aquella idea de los científicos del siglo XVII de que los hechos, para darse por ciertos, debían ser comprobados con la práctica.

Otras de sus características eran:

--Una constante crítica contra las religiones porque estos sostenían dogmas fundados en la pasión, por lo tanto fuera de razón.

--Establecían que la Ciencia permitía que la naturaleza revelara sus Leyes por lo tanto impedía la intromisión de la pasión y los sentimientos humanos.

--El Progreso era una ley de la Naturaleza que guiaba los destinos de los hombres hacia la perfección y la felicidad.

--La igualdad racional de todos los seres humanos.

Entre los principales representantes del pensamiento ilustrado deben mencionarse a los filósofos: Voltaire, Montesquieu, Rousseau y Diderot.

Voltaire fue un racionalista que combatió el fanatismo y la intolerancia. Defendió los derechos del hombre dentro del orden jerárquico de la sociedad. Sobresale entre sus obras El Diccionario filosófico.

El Barón de Montesquieu, quien cuestionó el absolutismo. En su obra El espíritu de la leyes, proponía un estado donde la monarquía estuviera limitada por un cuerpo de leyes y dividida en tres poderes.

Rousseau asentó que el hombre es bueno por naturaleza, pero la sociedad lo corrompe. En su obra El contrato social, planteó que las sociedades establecen un compromiso que respetan todos los hombres que la conforman, dicho compromiso es un contrato y el Estado surge a partir de este contrato. Tal Estado tenderá al bien y a la justicia.

Diderot ayudado por D'Alambert elaboró una excepcional obra denominada Enciclopedia. Esta trató de reunir el saber del mundo acumulado hasta entonces. El fin práctico de dicho trabajo consistía en combatir la ignorancia y abrir brechas a la creación y a la invención.

Algunos gobernantes europeos aceptaron las ideas ilustradas y las pusieron en práctica. El movimiento ilustrado planteaba que todo era obra y creación de los hombres, incluyendo al Estado. El deber de los monarcas era proporcionar felicidad a los súbditos. A estos gobernantes se les conoció con el nombre de déspotas ilustrados y entre ellos sobresalieron: Carlos III de España, Federico II de Prusia, Catalina de Rusia y José II de Austria. Las

reformas que llevaron a cabo los déspotas ilustrados dieron, en general, resultados pobres porque fueron realizadas en forma precipitada y sin involucrar al pueblo a quien pretendían beneficiar. Casi todas estas reformas tendían a robustecer el estado absoluto, pero las circunstancias provocaron su propio declive al validar ideas como la de “todo para el pueblo, pero sin el pueblo”.

Contra este esfuerzo del absolutismo, surgió el movimiento social de la Revolución Francesa que trajo entre otras consecuencias la cristalización de las ideas ilustradas, resumidas en el lema: Libertad, Igualdad y Fraternidad; así como la defensa de los derechos del hombre y ciudadano, y que nadie se esforzara tanto en hacer cumplir, como Napoleón Bonaparte.

2.2 La Revolución Industrial

Dentro de la economía, el siglo XVIII también había sido especialmente fructífero, pues había surgido la Revolución Industrial consolidándose a lo largo del siguiente siglo, y que como es sabido, implicó la introducción de maquinaria aplicada a la industria, la agricultura y la minería. Esta producción industrial sustentaba sus fuerzas en la explotación de hombres, mujeres y niños y se logró a la par que nuevos conocimientos, mayor producción y avance en general aunque surgieron también reacciones de tipo social como se vería más tarde. También derivadas de este proceso histórico surgieron posturas económicas que culminarían con el Liberalismo Económico, y que para los fines de este apartado no es necesario profundizar en ellos.

2.3. El romanticismo.

Fue el romanticismo una corriente de la cultura universal, pues influyó en todos los campos del saber humano: la literatura, la política, la música, etc.:

“Relacionado emocionalmente con una idea vaga de la libertad, el romanticismo invade todos los terrenos de la creatividad humana [...] en los textos doctrinarios, en el idealismo de los filósofos o en los prólogos de los tratados científicos late el romanticismo” (1)

Es difícil precisar una fecha exacta del surgimiento de este movimiento, pues al pertenecer a los diversos campos de la cultura, se dio en diferentes momentos, pero al unificar criterios, encuentro, que como movimiento histórico se manifestó claramente en las primeras décadas del siglo XIX. Al respecto Josefina Vázquez de Knauth explica:

“[...] la Revolución Francesa es el acontecimiento básico de los tiempos modernos, el término de una época y el comienzo de otra. [...] hubo otros hombres que alcanzaron a ver más allá de la misma revolución, les tocó vivir el advenimiento de Napoleón, su gran imperio y luego la restauración. Algunos de ellos pensaron que el intento había fracasado, ya que después de una lucha tan cruenta volvía el antiguo régimen, la monarquía. La Revolución Francesa nació del clima de inquietud creado por el iluminismo; al fracasar la revolución —al menos aparentemente— se produjo una reacción intelectual contra los postulados ilustrados: el romanticismo” (2)

Más adelante en el mismo texto, la autora reflexiona:

“Como ya no se creía en las construcciones de una razón abstracta, aquellas relaciones generales de la historia universal que acostumbraban los filósofos iluministas fueron desechadas; el romanticismo trataría en su lugar de revivir el pasado. A la crudeza realista de la Ilustración, el romanticismo reaccionó mediante un retorno sentimental y nostálgico del pasado. En el pasado estaba la explicación de la forma peculiar de actuar y de ser; esa era la causa por la que, contrariamente al cosmopolitismo ilustrado, el romanticismo aconsejaba la historia nacional, única digna de estudio, única que podía conducirnos a la comprensión del espíritu del pueblo verdadero autor de los acontecimientos históricos.” (3)

1. Gómez Navarro, *op. cit.* p. 145

2. Vázquez de Knauth, Josefina, *Historia de la Historiografía*, México, Setecientos no. 93, 1973, p. 102-103

3. *Ibidem*, p. 103

Cuentan para el romanticismo las pasiones, así como otras maneras de captar la realidad (intuición, imaginación) en lugar de la razón pura. Hace también esta corriente una profunda crítica a los excesos de la Revolución Industrial y añora el pasado, especialmente el medieval:

“Los románticos apasionados por perseguir las características nacionales se lanzaron al estudio minucioso de aquella edad en donde se habían constituido las diferentes nacionalidades. Positivamente, veían el presente como conclusión de un pasado dinámico, redimían las etapas olvidadas considerándolas necesarias, aunque es evidente que no las entendían y tenían también hondos prejuicios ante los siglos racionales” (4)

Sobresalieron en el romanticismo como movimiento literario los autores: Louis Stevenson, Lord Byron, Walter Scott, Víctor Hugo, Gustavo Adolfo Bécquer, Johann Wolfgang von Goethe y Alejandro S. Pushkin. De algunos de ellos, la autora que tratamos retomó notas.

El romanticismo tuvo también como representantes a dos grandes historiadores: el francés Jules Michelet y el inglés Thomas Carlyle.

Michelet ha sido considerado el precursor de la nueva historia. Concibió al pueblo como el verdadero protagonista. Este autor intentó una “historia total”, es decir la que abandona los meros acontecimientos políticos y militares para incluir además al pueblo, los hechos, las instituciones y las creencias.

Por otro lado, Carlyle puso especial interés en las grandes personalidades, en los “héroes”, pues para él la historia universal es la historia de los grandes hombres que han actuado en el mundo.

4. Vázquez, *op. cit.*, p. 104-105

Emanando un espíritu romántico, encontramos a los intelectuales que en el mismo recuerdo europeo llevaron esta carga cultural a muchas naciones, incluidos los Estados Unidos:

“Entre los años de 1815 y 1820, cuatro jóvenes graduados en Harvard, George Ticknor, Edward Everett, Joseph G. Conswell y George Bancroft estudiaron en las universidades de Gotinga y de Berlín. Los jóvenes norteamericanos admiraron la infinita erudición, la mente crítica y la incansable diligencia de los sabios alemanes [...] Retornaron a su patria con la ambición de transformar sus pequeños colegios de ladrillo en universidades magníficamente equipadas [...] Ticknor siguió siendo profesor de *belles lettres* el tiempo suficiente para establecer una digna escuela de lenguas romances y germánicas” (5)

Es el mismo George Ticknor al que Madame Calderón conoció a su llegada a Estados Unidos, el mismo que junto con William Prescott influyó en el pensamiento posterior que Madame Calderón nos transmitió, pensamiento por supuesto romántico.

2.4. Madame Calderón: la protagonista, la narradora.

Si hemos de guiarnos para encuadrar a nuestra autora en algún nivel histórico o historiográfico - por así decirlo - puedo afirmar que Madame Calderón se manifestó en la categoría del historiador intuitivo-protagonista, y que sin ser una profesional en esta ciencia - como tampoco lo eran sus contemporáneos - nos heredó una rica fuente histórica, y a la vez fue testigo de primera mano, una fuente primaria; alguien elemental para quien busca en la heurística, la manera de conocer el pasado más significativo.

Ella fue un personaje, una protagonista en su misma obra. Actúa y se mueve a la par que el resto de los personajes que observa, con los que habla, ríe, anda.

5. Morison, Samuel Eliot y otros, Breve historia de los Estados Unidos, traducción de Odón Durán y otros, México, F.C.E., México, 1987, p. 283

Heredera del pensamiento romántico, particularmente el de los intelectuales del Boston de las primeras décadas del siglo XIX, a Frances Calderón le tocó coexistir con elementos auténticos que caracterizaron dicha corriente y retomó para sí lo que mejor sabía hacer: narrar.

“La historia era vida, tenía sentimientos, por tanto tenía que comunicarlos, emocionar; para lograrlo hacía falta largas descripciones que pudiera contagiar al lector de la recreación. La narración que pintaba minuciosamente el paisaje histórico y acercaba al lector al suceso narrado” (6)

La vida en México no fue dirigida hacia doctos en la materia. En un primer momento fueron cartas aisladas para enterar a familiares y amigos de lo que resume el título, pero una vez adentrado en la lectura, el lector se percatará de que fueron mucho más que el motivo señalado. William Prescott lo intuyó y la invitó a publicar sus mejores misivas.

La narración es profunda, los temas inagotables. Yo diría la historia vista en su lado práctico. No desdeñó nada para ser contado, descrito, así sea un paisaje, una cara, una plática, una revuelta, una escena:

“Acabo de llegar después de un paseo por la ciudad. En que Melancólico [sic] estado se encuentran el Palacio, con sus innumerables ventanas convertidas en boquetes y sus paredes en criba, parece como si hubiera quedado ciego de resultas de la viruela. Ventanas rotas y paredes llenas de agujeros dan una fisonomía peculiar a todas las calles de ese rumbo; pero, no obstante, el daño real es menor de lo que hubiera podido esperarse, después de tales furiosos tiroteos y cañonazos” (7)

Al ser testigo de innumerables hechos, no dudó en plasmarlos y reconoció que es el conocimiento práctico el que mejor se adecuaba a sus fines:

6. Vázquez de Knauth, *op.cit.*, p. 104

7. Madame Calderón, *op.cit.*, p. 188

“Se hacen muchas conjeturas a causa de cuatro buques texanos que cruzan los mares frente a la bahía de Veracruz. También se habla mucho de política, en la que no me meto, pues ya no tengo la excusa de *Madame Stäel*, para hacerlo; pero, dicho sea de paso, es la política un tema acerca del cual casi todas las mujeres mexicanas están muy bien enteradas, con un conocimiento práctico que es el mejor de todos, como una lección de Geografía aprendida viajando. Me temo que vivamos en un Paraíso Perdido que no será Recobrado (sic) en nuestros días...” (8)

2.5. Madame Calderón. Su pensamiento romántico:

Las primeras alusiones a autores románticos las transmite Frances desde su travesía a bordo del vapor “Hércules” rumbo a la Habana:

“Arrojados de nuestro reducto en la cubierta, amontonados sin discriminación debajo de ella, como higos en caja; “revoicados en el lodo” – diría Carlyle- “como un egipcio domador de serpientes”, cerradas todas las lumbreras del camarote, intentamos tomar las cosas con frialdad” (9)

En otra misiva con fecha posterior, Lord Byron también se hace presente:

“[...] los blancos volcanes parecen unir tierra y cielo. En esto, aún el genio de Salvatore desfallecería; es necesario evocar el fantasma de Byron. El lápiz es impotente. Sólo la poesía puede dar una pálida idea de una escena tan maravillosamente bella” (10)

Frases cortas pero poéticamente elaboradas dejan entrever características de corte romántico: “[...]y es cuando ha llegado la hora de recordar que éste es México, y que si sobre él han caído todos los males, la memoria de su romántico pasado aún persiste” (11).

Nuestra autora encuentra en el pasado histórico, aún en el nacional, la evocación, la añoranza, características tradicionalmente románticas:

8. *Ibidem*, p. 193

9. *Ibidem*, p. 4

10. *Ibidem*, p. 69

11. *Ibidem*, p. 68

“Sin embargo, pocos son los adelantos que se registran entre los mexicanos, en los que se refiere al pulque comparándolos con el ingenio de sus antepasados indios. Sobre papel hecho de su fibra, los antiguos mexicanos pintaron sus figuras jeroglíficas” (12)

La misma ciudad de México es buscada en su pasado más lejano y para Madame Calderón el más bello: Tenochtitlan.

“Noble como lo es la actual ciudad de México, no puede uno sin embargo, dejar de pensar cuanto más pintoresca debe de haber sido la antigua Tenochtitlan, y cuanto más fértil su valle, gracias a los grandes lagos” (13).

Con el mismo sentimiento evoca las distancias:

“[...]nos encontramos solos frente a una naturaleza gigantesca y de que nos envuelven las nebulosas tradiciones de una raza que fue; impresión que no se alcanza a disipar cuando el silencio se rompe con las pisadas de un indio transeúnte; pobre, envilecido descendiente de aquellas gentes extraordinarias y misteriosas que no sabemos de que partes vinieron y cuyos hijos viven ahora “con la condición de haber de cortar la leña, y acarrear el agua” para el servicio de todo un pueblo del cual fueron reyes una vez” (14)

Y hace presentes hasta las instituciones coloniales, como quien busca en todo pasado comparaciones -a mi juicio- inexistentes:

“La *hacienda* es una espléndida y sólida masa de edificios, y cuando se entra al patio por un abovedado portalón se contemplan las enormes dependencias [...] las trojes, cuyas grandiosas y magníficas proporciones se ven como los restos de un pasado feudal” (15)

Pareciera que pretende contagiar su celo romántico a los que están a su alrededor y ver en ellos la nostalgia que sienten por el pretérito:

12. *Ibidem*, p. 70

13. *Ibidem*, p. 89

14. *Ibidem*, p. 197

15. *Ibidem*, p. 154

“Debe uno visitar estas ciudades apartadas y ver estos grandes establecimientos para darse perfecta cuenta de todo cuanto llevaron a cabo los españoles en sus colonias, y también para convencerse de la nostalgia que por los tiempos idos sienten los hombres mas distinguidos de la República; de hecho, todos los que alcanzaron edad suficiente para comparar lo que fue con lo que es.” (16)

Aludiendo a las mismas raíces románticas, Frances Calderón acudió a Walter Scott “El primer popularizador de la novela histórica [...] en donde tejía relatos ficticios a base de acontecimientos y héroes medievales antes desdeñados” (17), para recrear momentos como los de este autor: “Cambiad la escena al convento de San Agustín, y podréis haceros la ilusión de que estáis viviendo en los fenecidos días de alguna novela de Walter Scott, por el *mélange* de gentes de armas y de frailes... (18)

Dejando de lado muchas citas más, que refieren su pensamiento romántico, pues la finalidad de este apartado no es agotar imágenes, a partir de este momento se analizan conceptos filosóficos en la obra tales como el que sigue.

2.6. Motor de la historia

¿Qué es lo que hace caminar a la historia?. Sin duda existen fuerzas que guían a la historia, la impulsan y la hacen caminar. Muchos autores han dejado en claro cual es el motor de la historia, otros, como en el caso de Madame Calderón apenas dejan

16. *Ibidem*, p. 378

17. Vázquez de Knauth, *op.cit* p. 106

18. Madame Calderón, *op.cit*, p. 206 – 207

percibir que es lo que guía a los hechos históricos. Esta escritora no es tan evidente como lo han sido otros, pues como se ha insistido, su trabajo nunca estuvo encaminado a cuestiones de tipo filosófico. Sin embargo, puedo afirmar que para ella las grandes personalidades de su época o de otros periodos históricos son los héroes y estos mueven a la historia. Están presentes o más bien recurre a ellos para explicar el acontecimiento en cuestión. Son figuras que a primera vista sobresalen en su obra, pues al caracterizarlos los hizo brillar con luz propia. Cabe hacer notar que vio en estas personalidades los defectos y virtudes inherentes al ser humano. Aparecen para explicar los grandes procesos históricos a los que se refiere, como por ejemplo, la Conquista y la Independencia, son por lo tanto el motor de la historia.

El caso más citado es el de Hernán Cortés, donde tiende a exaltar sus acciones en pro de la cristiandad:

“Todo aquí nos recuerda el pasado: el de los conquistadores españoles, que parecían construir para la eternidad, dejando en sus obras, la huella de su carácter duro, grave y religioso; de los triunfos del Catolicismo; y el pasado de los indios, cuando Cortés, el primero, llegó para arrancarlos de su estado, enfrentándoseles como la encarnación de una profecía casi borrada en el recuerdo” (19)

Y así como exalta sus virtudes, también justifica la crueldad del conquistador:

“El fanatismo y la razón de Estado indujeron a los conquistadores españoles a la destrucción de estos templos paganos; y cuando se recuerda que la civilizada Inglaterra, en la época de la Reforma, los más espléndidos templos católicos fueron arrasados en obediencia del terrible edicto de John Knox “Echar abajo los nidos y volaran las cornejas”, no se admira uno mucho ni tampoco se está dispuesto a censurar con excesivo rigor a Cortés, cuando ordenó la destrucción de estos ensangrentados santuarios” (20)

19. *Ibidem*, p. 268

20. *Ibidem*, p. 115

Es notable también el conocimiento que tenía sobre el conquistador. Cita sus Cartas de Relación y numerosas fuentes, entre ellas las que debió sugerirle Prescott. Del conocimiento que evidencia sobre estas fuentes deduzco que conocía el hecho histórico.

Además de ser multicitado Cortés para explicar la Conquista —material y espiritualmente hablando— encontró en esta figura al ser que encabezó, que movió masas. Se percibe un “querer decir” que la Conquista recayó en él, y su ejército español y los indios que lo seguían estaban bajo su resguardo: “[...]y a buen seguro tan montaraz como lo era la plebe en México al cruzar Cortés estas llanuras por vez primera —con el mismo modo de ser: docilidad u cobardía, falsedad y astucia” (21).

Otros ejemplos los sustentó en figuras como las de Miguel Hidalgo y José María Morelos. La diferencia es que aquí la justificación a sus posturas no cabe:

“Es singular por demás que los grandes caudillos de la Independencia tuvieran que ser eclesiásticos; el Cura Hidalgo, su iniciador; y los Curas Morelos y Matamoros, sus jefes principales. Se dice que Hidalgo no tenía ningún plan, que no publicó manifiesto alguno, ni declaró jamás sus opiniones, pero se arrojaba sobre las ciudades a la cabeza de su gente, llevando en las banderas la imagen de la Virgen de Guadalupe, e induciendo a sus tropas a que pasaran a cuchillo a los españoles. Morelos que era un indio sin instrucción, pero valiente y resuelto, fue considerado como ¡el más benigno y misericordioso de estos soldados clérigos!. Matamoros, tan valiente como él poseía mayor ilustración. Fueron los dos buenos generales y los dos hicieron mal uso del poder que les dio su posición sobre las mentes del populacho sumido en la ignorancia” (22)

21. Ibidem, p. 113

22. Ibidem, p. 357

De los muchos ejemplos de personalidades que aparecen en La vida en México, Frances Calderón tendió a presentárnoslos como grandes figuras -- particularmente a Cortés-- seguidos por grupos de personas que dependen de la posición de los líderes:

“Esta revolución parece una partida de ajedrez en la que los reyes, torres, caballos y alfiles hacen movimientos diversos, mientras los peones miran, sin tomar parte en el juego”. (23)

Hizo constante referencia a otros personajes, pero resaltó mucho la figura de Santa Anna a quién trató también como héroe: “Sus modales rebelaban calma y caballerosidad, y en conjunto resultó ser un héroe mucho más fino de lo que yo esperaba” (24)

2.7. Madame Calderón: la visionaria.

Ampliando otros aspectos del pensamiento filosófico que movió a la autora, encuentro que especuló sobre el futuro del país que visitaba, en un afán por creer que su presente quizá hubiera sido distinto de haberse dado otras condiciones: “¿Cuál habría sido el resultado para México de haberse llevado a efecto el Plan de Iguala? ¿Cuáles son las presentes condiciones del país?” (25).

Madame Calderón no acertó a responder a estas cuestiones, no lo intentó, pues no era su tarea. Simplemente con hechos muy relevantes reflexionó sobre los

23. Ibidem, p.308

24. Ibidem, p. 26

25. Ibidem, p. 195

momentos decisivos de la historia, dando a entender con ello, que si las condiciones hubieran sido otras, el país habría mejorado internamente.

En otras ocasiones Madame Calderón se presentó como una gran visionaria, vio muchas realidades antes de que se concretaran. El hecho de vaticinar con gran seguridad me induce a pensar en lo observadora que fue. Al describir su viaje a las grutas de Cacahuamilpa, augura con determinación:

“Un día llegará, sin duda, en que esta gruta será un lugar de atracción y se tomarán providencias para ser menos peligroso su acceso, mientras, esto constituye uno de sus mayores encantos. Pero su recuerdo queda estampado en la mente como amoroso sueño. Más como el Niágara, indescriptible, quizá sea aún más difícil dar una idea de esta creación bajo la tierra...” (26)

Es notable como percibió un latente interés del gobierno norteamericano por inmiscuirse en los asuntos internos de México:

“Se abandonó un sistema de gobierno y no existe ninguno en su lugar. Que estén alertas, no sea que al cabo de medio siglo despierten del error y se encuentren que la Catedral se ha transformado en sala de juntas, toda pintada de blanco; que las rejas han sido fundidas; que la plata se ha convertido en dólares; que las joyas de la Virgen se vendieron al mejor postor; que el piso ha sido lavado (lo cual no haría daño a nadie), y que todo está rodeado por una nueva y preciosa cerca, recién pintada de verde, y todo ello realizado por algunos de los artistas de la “despierta” y lejana República del Norte.” (27)

Asimismo, nuestra autora encontró que las guerras y revoluciones son los mayores males de un país, una postura que representantes del pensamiento conservador como el filósofo irlandés Edmund Burke habían expresado anteriormente.

26. *Ibidem*, p. 238

27. *Ibidem*, p. 268

En el siguiente párrafo existe un comentario al respecto:

“No existe la difusión de conocimientos útiles entre el pueblo; no se publican papeles ni semanarios baratos para su amenidad y enseñanza; pero no se atribuya a la falta de interés de parte de muchas personas bien intencionadas e ilustradas, sino más bien a la situación inestable del país y a la guerra civil, que es una llaga que impide maduren los buenos sistemas”
(28)

Resumiendo es posible afirmar que en Madame Calderón no se hizo patente una filosofía de la historia en sentido estricto, sin embargo, encuentro atisbos filosóficos impregnados a lo largo de sus cartas, así que es posible aseverar que:

- A).- Su estilo y narración estuvieron fuertemente asentados dentro de la historiografía romántica al recurrir permanentemente a la añoranza y simpatía por el pasado. Eminentemente utilizó la narrativa emocional.
- B).- Fue portadora de una historia pragmática.
- C).- La retórica que utilizó, además de estar dirigida a su familia - es decir sin aparentes intenciones políticas - me hace conjeturar que estamos frente a una fuente digna de crédito.
- D).- No desdeñó fuentes, y es posible destacar como estuvo influida por autores esencialmente románticos, como Byron, Carlyle, Stevenson y particularmente su mentor William Prescott.
- E).- Infero además que las fuerzas históricas en su obra lo constituyen las grandes personalidades, significándose como el motor de la historia.
- F).- Fue una visionaria de su tiempo y una gran observadora.

G).- Para la autora, las guerras constituían el atraso de los pueblos.

H).- Por lo ya tratado, afirmo que es una historiadora de tipo intuitivo-protagonista.

Así que Madame Calderón coexistió con el pensamiento de su época. Cabe la reflexión de que para ella el pretérito fue mejor y lo sintetizó en el espacio y el tiempo:

“Es el presente el que parece un sueño y un desvanecido reflejo del pasado. Todo está en decadencia y todo se va esfumando, y tal parece que los hombres confían en un futuro ignoto que quizás nunca verán”. (29)

29. *Ibidem*, p. 268

3. LA HISTORIA EN MADAME CALDERON

De las diversas obras históricas que nos han precedido, algunas sobresalen por la manera como fueron compuestas; en un texto semejante, Frances Calderón nos guió a través del tiempo y del espacio para heredarnos, en sus mejores misivas, una crónica, el retrato fiel y anecdótico de una época, en donde las descripciones y el incipiente análisis buscaron generar admiración por lo exótico y aún lo cotidiano. Una obra que contempla aspectos disímiles y cercanos y que conlleva además el pensamiento de su autora, aquel que se deja adivinar entre las líneas, oculto, pero presente. ¿Qué pudo haber significado la historia para ella? ¿en qué hechos profundizó más? ¿pudieron ser útiles las lecciones que nos dejaron los acontecimientos?. Cuestionamientos difíciles, pero en estas páginas trataremos de dilucidar y dar respuestas a estas y otras interrogantes que como historiadores nos formamos, pues es parte de nuestra tarea analizar, interpretar y reinterpretar.

3.1 La vida en México...

...representa el material tangible de este análisis y su historia como obra dio comienzo en 1843, cuando salió a la luz pública en Boston y pocos meses más tarde en Londres con el siguiente título: Life in México during a Residence of Two years in that Country. By Mme. C. de la B. In Two Volumes. Boston : Charles C. Little and James Brown. 1843. Y en Londres sólo con la variante: Madame por Mme. Con el siguiente pie de imprenta: London Chapman and Hall, 186, Strand. 1843. “Queriendo los editores evitarles a los libreros y al público confusiones

entre el españolísimo nombre y el autor y aún con el título de La vida es sueño, suprimieron De la Barca para quedarse con un discreto By Madame Calderón" (1). Una segunda edición de Life in México apareció en 1856, y al igual que la primera desapareció "de las librerías y empezaron a codiciarla los bibliófilos" (2). El compilador Felipe Teixidor no menciona alguna otra edición sino la de 1913, publicada por la casa Dent (Londres).

En México, la primera edición se publicó tardíamente en 1920, con una traducción de Enrique Martínez Sobral y prologado por don Manuel Romero de Terreros, editada por la Librería de la viuda de Bouret. También se rastreó la editada por Hispano Mexicana, en donde en el segundo tomo de la obra se omite el año de publicación. En 1959, editorial Porrúa saca la obra con un excelente estudio y traducción del ya mencionado Felipe Teixidor.

En el prólogo, Teixidor resalta datos biográficos acudiendo a fuentes escritas (archivos, hemerotecas y aún cartas personales), y orales (parientes lejanos de la autora). Elaboró un cuadro de las críticas –positivas y negativas– que inspiró la obra y aún rastreo la actividad política de don Angel Calderón hasta su muerte. Así, en un estudio biográfico muy completo –quizá el mejor elaborado hasta hoy– nos introduce a la obra teniendo tan valiosos datos.*

1. Teixidor, Felipe, "Prologo", en: Madame Calderón, op. cit., p VIII.

2. Ibidem, p. XII

* Hasta el momento no se han publicado nuevas ediciones y solo se ha reeditado la de 1959 con el resultado de que la información sobre la autora es escaso, y los artículos donde se cita a Madame Calderón provienen de la información proporcionada por Teixidor, más algún dato tomado de las primera ediciones.

3.1.1 Objetivos al editar la obra

En todas las ediciones de La vida en México, aparece el prefacio de William H. Prescott, historiador de renombre por sus trabajos anteriores, quién nos presentó la obra dejando ver los motivos y la necesidad de difundirla:

“La presente obra es el resultado de las observaciones hechas durante una residencia de dos años en México, por una dama cuya posición en dicho país le ha permitido conocer intimamente a la sociedad, y le ha abierto las mejores fuentes de información en todo cuanto es susceptible de interesar a un viajero ilustrado. Se compone de cartas escritas a miembros de su familia, y en verdad, sin intenciones, al principio de publicarlas, por increíble que pueda parecer la información. Deplorando que este acervo de optimas enseñanzas y amenidades, y de las cuales tanto me he aprovechado, quedaran reservadas solo para algunos amigos, recomendé calurosamente que fueran entregadas al mundo. Esto se ha cumplido ahora, con algunos cambios y omisiones obligados en una correspondencia privada, y aunque se derivaría de la obra más fama por el mismo nombre de la autora, que de todo lo que yo pueda decir, a pesar de que ella decline el darlo a conocer, me siento muy complacido al manifestarlo como vía de introducción al público” (3).

Deduzco que el objetivo inmediato de dar a conocer la obra obedece a que Madame Calderón pretendía presentar la visión que tenía sobre un país ajeno en tierras europeas y norteamericanas. Y ofrecerles lo diferente, lo exótico, pues recordemos que por entonces había pocos libros de viajeros y la cultura europea prevalecía. Distaba mucho de hablarse sobre la globalización y la práctica turística era incipiente, por lo tanto a la par de los beneficios económicos que les refrendó tanto a Madame Calderón como al mismo Prescott, es posible suponer que sinceramente les motivó el deseo de mostrar un país rico en tradiciones, historia y costumbres de forma amena.

3.Prescott, William H., “Prefacio”, en: Madame Calderón, op. cit. p. LXIX

3.1.2 Utilidad de la Obra

El resultado de haber publicado La vida en México no es algo que pueda ser cuantificado plenamente si tomamos en cuenta que la utilidad la damos en función de nuestras necesidades y gustos. Lo que puedo afirmar es que tan pronto salió a la luz este libro, efectos inmediatos se dejaron ver, pues apareció un mundo distante a los extranjeros, en costumbres, y con ello la ilustración que adquirirían sobre nuestro país. Por razones prácticas y personales encuentro:

A). El conocimiento de los movimientos armados de la época, interpretados por una testigo civil, dándole un enfoque distinto a las que harían las reseñas militares o crónicas históricas.

B). Es de las pocas obras que presentan acontecimientos completos de hechos concretos, por ejemplo, en cuanto a la religiosidad narra puntualmente la toma de hábitos que se hacía en los conventos de entonces. Pocos autores se detienen en esta ceremonia, algunos se refieren exclusivamente a la arquitectura.

C). Como mujer que era nuestra autora, hizo hincapié en conocer y describir el sexo femenino, labor que quizá algún otro autor hubiera desdeñado por los prejuicios de entonces. Se dio a la tarea de conocer y criticar a las mujeres mexicanas de entonces:

“Hablando por lo tanto en términos generales, he de decirnos que las Señoras y Señoritas mexicanas, escriben, leen y tocan un poco, cosen, y cuidan de sus casas y de sus hijos. Cuando digo que leen, quiero decir que saben leer; cuando digo que escriben, no quiero decir que lo hagan siempre con buena ortografía, y cuando digo que tocan, no afirmo que posean, en su mayoría, conocimientos musicales. [...] Las muchachas no pueden sentir la emulación, porque nunca se reúnen. Carecen de diversiones públicas y de entretenimientos en la casa. Se encuentran algunos buenos maestros extranjeros, la mayor parte de los cuales han venido a México con el propósito de hacer fortuna, enseñando o contrayendo matrimonio, o por ambas maneras y por lo tanto, tratan de hacer mucho dinero en el menos

tiempo posible, para volverse a su país y ahí disfrutarle. Los niños, por lo general, muestran al parecer, disposiciones extraordinarias para la música y el dibujo pero son contadas las muchachas que llegan a distinguirse en estas materias. [...] Sucede con frecuencia que las muchachas peor educadas son hijas de mujeres muy inteligentes, que pegados a las costumbres de sus abuelos se contentan con que se confiesen con regularidad asistan asiduamente a la iglesia y lleguen a bordar y cantar un poco.” (4)

D). Al elaborar las largas cartas que enviaba al extranjero, la autora copiaba textualmente boletines del gobierno, artículos de periódicos y panfletos de los movimientos rebeldes, lo cual la hace ser la portadora involuntaria de información extraviada, pero sin duda invaluable para la memoria nacional.

E). Esta obra sirvió incluso como guía a los soldados norteamericanos durante la guerra de 1847, proporcionándoles información útil sobre ciertos lugares.

F). Madame Calderón, con su texto, es quien sentó un precedente al ser la primer mujer viajera que escribe sobre México –ya no era solo Humboldt, ni Gemelli Caréri – y fue ella un reflejo del hecho mismo.

Hasta el día de hoy la utilizamos como fuente directa del siglo XIX, y convendrá hacer una valoración más a propósito en el capítulo comparativo.

3.1.3 Público a quién se dirigió la obra

Este libro no estuvo al alcance de cualquiera –como sucedía normalmente en aquella época, donde la mercadotecnia iba a la zaga- y sólo los letrados o adinerados la podían adquirir y servirse de ella. Con todo, hubo grandes tirajes para la época. William Prescott refiere que las primeras ediciones, y aún las

4. Madame Calderón, *op. cit.*, p. 167-168

subsiguientes, tuvieron buen recibimiento en el público. Citándolo textualmente afirma: “Aquí se ha vendido muy bien” (5). En Londres ocurría algo semejante, respondiendo a las expectativas de los editores.

Los pocos mexicanos que conocieron el texto lo hicieron a través de las ediciones ya conocidas, es decir, la leyeron quienes entendían inglés y sólo estuvo al alcance de las mayorías al traducirse en 1920, entonces la aceptación fue inmediata, y más cuando editorial Porrúa la popularizó hacia 1959.

Hoy, es lectura obligada para historiadores y aún para estudiantes de educación media y superior. Pero ¿quién no disfruta esta obra sin ser realmente una tarea? ¿puede dejarse de lado el magnífico estilo en que fue escrita?

3.1.4. Objetivos al escribir las cartas

Eran estos claros, pues ya se dijo que en un principio fueron misivas para enterar a sus familiares y amigos en los Estados Unidos de su estancia en México. Pretendía hablar de lo cotidiano, quizá de lo intrascendente, del detalle, pero es obvio que rebasó estos objetivos, pues al ser testigo de movimientos armados y como esposa de un importante ministro, se involucró en los acontecimientos y terminó enterándonos de política, economía y sociedad sin dejar de lado lo que se había marcado como guía. Resulta evidente, además, que las cartas con detalles personales a sus parientes debieron haberse dejado de lado y es vano elucubrar que tuvieran algún fin político.

5. Carta de Prescott a Charles Dickens del 30 de enero de 1843, en: Teixidor, Eelipe, “Prólogo”, en: Madame Calderón, *op. cit.* p. XVIII

Por lo tanto las misivas que fueron elegidas para publicarse debían interesar al público, deleitar, pero al leer este texto también debemos recordar que el siglo XIX estaba privado de los adelantos tecnológicos que tenemos hoy, léase televisión, computadoras, telecomunicaciones, etc, y que escribir largas cartas era lo frecuente: por ejemplo, al referirse al pronunciamiento de los liberales cita textualmente toda una página: “Hoy ha sido publicado el Plan redactado por los federalistas... que consiste en diez artículos...” (6) y acto seguido refiere cada uno de éstos.

En ocasiones, nuestra autora es elocuente en sus comentarios:

“Escribo más bien con la mira de ocupar mis pensamientos que con la esperanza de interesaros, pues me temo que ya empezais a estar aburridos de esta mi “revolucionaria” misiva”(7).

También justificó sus escritos, pues, al ser protagonista de momentos cruciales en la historia de nuestro país expuso incluso su vida:

“Al llegar a este feliz término, que ha de ser tan placentero para vosotros como lo es para nosotros, debo dar fin a esta carta sólo citando, en mi descargo, lo que decía Madame Stäel en respuesta a aquello de que “las mujeres no deben ocuparse en la política; quizás así sea, pero cuando a una mujer le van a cortar la cabeza,

6. *Ibidem* p. 186

7. *Ibidem*, p. 177

¿no es natural que pregunte siquiera por qué?. Lo mismo digo, pues cuando se oyen silbar las balas, y las granadas caen muy cerca, debe considerarse muy lógico y muy femenino investigar las causas de semejante fenómeno” (8)

3.1.5 Estructura del texto

La obra de Frances Calderón esta compuesta por 54 cartas escritas tan pronto se sucedían los acontecimientos. Cada misiva equivale a lo que hoy consideramos un capítulo, y bien podría decirse que cada uno abunda en una temática diferente. Así observamos temas variados y dispares. A manera de ejemplo tenemos: el comercio callejero, la comida, los indios, la educación en las mujeres, las escuelas de la época, los conventos, las enfermedades, la botánica, los pronunciamientos, las diversiones y una larga lista de tópicos. Debo decir que se ocupa de temas de la vida cotidiana con más frecuencia que los meramente históricos y ello se debe a los objetivos que perseguía.

También es evidente como al visitar algún lugar, evoca a la historia para deleitar e ilustrar a sus lectores, como si la imaginación nos transportara al pasado. Esto es muy frecuente en todas las misivas:

“Hemos pasado el día visitando el Castillo de Chapultepec que está a una corta legua de México, y que encierra él solo más recuerdos que todos los demás sitios que por sus tradiciones pueda México vanagloriarse. Si estos blanquecinos cipreses pudieran hablar, qué de historias no nos contarían; ellos que han estado en pie con sus barbas largas y grises, extendiendo sus venerables brazos, centuria tras centuria; ya viejos cuando Moctezuma era un niño, aun vigorosos en los días de Bustamante. Aquí el último de los emperadores aztecas se recreaba con su harem de ojos negros. Y descansaba bajo la sombra de estos, árboles gigantescos, fumando quizás el tabaco

mezclado con ámbar, y tal vez le venció el sueño, sin que le turbara la visión de aquel audaz viajero del Oriente lejano, cuyas velas acaso ya se vislumbraban desde el litoral. En estos aljibes se bañó. Aquí estaban sus jardines, su avería, y los estanques con peces. A través de éstos, ahora desiertos y espesos bosques, fue llevado por los jóvenes nobles en su litera abierta, bajo espléndido dosel, de la cual descendía para pisar las ricas telas que sus esclavos le tendían a su paso sobre el verde y aterciopelado césped” (9)

3.2. La historia: concepto y utilidad.

Considero por muy obvio que pueda parecer, que para Madame Calderón la historia es el pasado de la humanidad, no es un concepto que cite textualmente o lo haga oficial, pero la historia misma esta escondida en sus páginas cuando alaba el pasado lejano, o el pasado mítico de los mexicanos, cuando afirma que lo que está viviendo será historia y cuando encuentra que el futuro es incierto e inseguro; se vale de Lord Byron para darle valor a su afirmación:

“Pasamos cerca de tres horas en una mezcla de admiración por el pasado y de tristeza para el presente, y fuimos acompañados hasta nuestros aposentos por los pobres *employés*, a quienes pareció que el ministro de España era lo mejor que habían visto en mucho tiempo después de un Virrey español. El pasado es nada, y al fin y al cabo el futuro se convertirá en el Pasado, dice Lord Byron. Aquí el pasado esta en todas partes; ¿y el Futuro? Conteste quien pueda.” (10)

¿Y para que es útil la historia? Calderón tampoco es contundente en este aspecto, pero deduzco que la historia para ella tenía una labor didáctica, ya que las recurrentes alusiones al pasado me obligan a pensar que busca encontrar en éste la

9. *Ibidem*, p. 51

10. *Ibidem*, p. 294

respuesta al porque de su presente, especialmente el presente de nuestro país.

En el párrafo siguiente, Frances Calderón parece querer dar una lección sobre la importancia de aprender del pasado:

“Cuando se declaró la independencia y esa furia revolucionaria que hace mérito el destruir lo establecido por el partido opuesto, sea bueno o malo, los mexicanos, para demostrar su odio por la madre patria, destruyeron estas benéficas instituciones. Al hacerlo, cometieron un error tan fatal en sus resultas como el de 1828, cuando expulsaron a tantos acaudalados propietarios y que siguieron en el camino del exilio sus numerosas familias y sus viejos criados; los cuales les patentizaron, en esos tiempos de prueba, muestras de una adhesión y fidelidad, preesas de una clase quien casi ha desaparecido en este país y que solo se haya entre algunas de las viejas familias.

En consecuencia, como las fronteras no están ahora protegidas por las guarniciones militares o presidios establecidos antes ahí, y abandonadas por los misioneros, los indios han dejado de estar sujetos, sea por la fuerza de las armas o por medio de los buenos consejos y la influencia de sus padres. Por lo tanto, el territorio mexicano se haya expuesto constantemente a sus invasiones; familias enteras son pasadas a cuchillo por los salvajes, quienes cambian las escopetas por rifles cuyo uso les es ya conocido, y estas depredaciones solo pueden evitarse rara vez y de manera imperfecta y a costa de grandes desembolsos por parte del Gobierno. Es cierto que Bustamante ha llevado a cabo recientemente una pesquisa acerca de los fondos y de las condiciones generales de estos establecimientos, con la intención de restablecer algunas instituciones similares; pero no creo que hasta ahora se haya hecho nada decisivo al respecto” (11)

3.2.1 Los hechos históricos

En este apartado he llegado a la conclusión de que Madame Calderón retoma como campo de estudio al México de su época, pero en los hechos nos presenta dos vertientes:

1.- Por un lado se ocupa de los hechos históricos cotidianos – y hasta simples- con bastante frecuencia, diríase que en su obra abundan éstos. Son hechos individuales algunos, costumbristas otros, de tipo social la mayoría, etc. Son hechos que otro tipo de historiadores regularmente no recogen, y que sin embargo sirven para entender una época o un acontecimiento de mayor relevancia:

“El Jueves Santo es un día en que México cobra una animación por demás pintoresca. No se permite transitar a los carruajes y las damas aprovechan la oportunidad de mostrar sus ricos vestidos, ahora que van a pie. Solo se usan en este día rasos y terciopelos, y las perlas y los diamantes se han echado a la calle” (12)

2.- Acude a los hechos históricos como tales, para visualizar el acontecimiento político:

“Revolución en México; o *Pronunciamiento*, como le llaman. La tempestad que durante algún tiempo ha venido fraguándose acaba de estallar. Don Valentín Gómez Farías y el desterrado general Urrea se han pronunciado por el federalismo. Se levantaron en armas a las dos de la mañana de hoy y, apoyados por el quinto batallón y por el regimiento del *Comercio*, se dirigieron a Palacio, sorprendieron en la cama al Presidente y le hicieron prisionero” (13)

12. *Ibidem*, p. 97

13. *Ibidem*, p. 171

Es notable el conocimiento que tenía sobre ciertos hechos históricos, esencialmente los que conocía por fuentes escritas antes de venir a México, por ejemplo, las Cartas de Relación de Hernán Cortés y las obras de Clavijero, Humboldt, Zavala y Mora, de las cuales sin hacer referencia directa a los títulos de éstas, es perceptible que las conocía.

Frances Calderón no busca en el dato, es decir, en el hecho mismo, la causalidad en el sentido que propone Eduard H. Carr en el capítulo IV de su obra ¿Qué es la Historia?, ya que es el hecho mismo las más de las veces el que Frances hace trascender sin explicar tanto el porqué.

Los hechos sobre personajes como entes individuales serán tratados en un capítulo anexo cuyo título es: *Las figuras históricas en La vida en México*.

3.2.2 Sujeto de la Historia.

Si se pudiera hablar del sujeto de la historia en nuestra obra analizada, éste bien podría referirse al hombre como individuo, y es que en La vida en México, son los personajes –sean o no importantes- parte crucial del movimiento histórico. Es decir, tenemos ante nosotros un libro donde todos resultan importantes: el rey, el indio, el conquistador, el político, el vendedor de fruta, etc. Y el escenario es la vida misma con todos sus paisajes:

“Por fin llegamos a las alturas desde donde se contempla el inmenso valle, alabado en todas las partes del mundo, cercado de montañas eternas, con sus volcanes coronados de nieve y los grandes lagos y las fértiles llanuras que rodean la ciudad favorita de Moctezuma, orgullo y vanagloria de su conquistador, y antaño la más brillante de sus joyas entre muchas de la Corona Española” (14)

En este otro ejemplo descriptivo se ocupó del sujeto miembro de una clase pobre:

“Pero lo que más nos llama la atención son los curiosos y pintorescos grupos de gentes que vemos desde las ventanas: hombres de color bronceado, con sólo una frazada con la que se envuelven, sosteniendo sobre sus cabezas vasijas de barro, precisamente del color de su propia piel, de modo que parecen figuras de *terracotta*; y llevan en las vasijas dulces o blancas pirámides de grasa” (15)

Y en frecuente alusión a las mayorías, analizó la situación de los indios, porque observó las condiciones en que vivían:

“Casi desnudos en *tierra caliente*, vestidos con gracia, tanto como ahora, en las tierras templadas del país; y en todas partes con las mismas maneras, hábitos y costumbres, sin diferir gran cosa de los que ahora guardan, especialmente los más distantes poblados donde tienen poco trato con las otras clases [...] ciertamente su condición no ha mejorado de manera visible desde la Independencia. Continúan siendo tan pobres, tan ignorantes y tan degradados como lo eran en 1808, y si recogen un poco de grano de su propia cosecha, les imponen impuestos tan gravosos que este privilegio se hace nugatorio” (16)

Lo precedente me induce a pensar que para ella todo sujeto es digno de historiar, aunque encontró que había figuras relevantes a las cuales las mayorías obedecían:

“Es asombrosa la calma de que ha dado el pueblo soberano durante todo este periodo. ¿En cuál otra ciudad del mundo se habría abstenido de tomar parte al lado de este o del otro bando? Las tiendas están cerradas, los artesanos carecen de ocupación, hay millares de gente ociosa que vive Dios sabrá cómo, y sin embargo, no han ocurrido motines, no existe confusión ni aparentemente hay impaciencia. Grupos de pueblo se reúnen en las calles, o se detienen a conversar frente a sus puertas y discuten las contingencias;

15. *Ibidem*, p. 39

16. *Ibidem*, p. 276-277

pero esperan las decisiones de sus jefes militares como si se tratara de un juicio divino, contra el cual toda apelación es inútil e impía.” (17)

Para interesar a sus lectores en el conocimiento político de México, apeló a la imaginación, elaborando una analogía entre los acontecimientos históricos y un tablero de ajedrez: “Para comprender como esta dispuesto el tablero, es necesario explicar la posición de las cuatro piezas principales: Santa Anna, Bustamante, Paredes y Valencia...” (18)

3.2.3. La explicación histórica en La vida en México

Nuestra autora adoleció de la explicación causal que el historiador científico procura en todo momento. Las explicaciones que proporciona son más bien lo que yo llamaría motivos, y buscó indagar en los antecedentes prácticos antes que analizar conceptos teóricos. En ocasiones encontró que los intereses humanos eran los motivos de guerras y revoluciones:

“La Revolución de julio tuvo, por lo menos, la sombra del pretexto: era una guerra entre partidos, y los que lucharon para restablecer el sistema federalista obraron quizá de buena fe. Ahora no existe pretexto, ni principio ni plan; ni siquiera un atisbo de razón o de legalidad. Deslealtad, hipocresía y el cálculo más sórdido son los únicos motivos que se alcanzan a descubrir, y aquellos que entonces afectaban los más ardientes deseos por el bien del país, se han quitado la máscara y aparecen con su verdadera cara; y la gran masa del pueblo que, pasiva y oprimida, permite que la paz de sus hogares sea invadida, se halla al presente angustiada, no por la fuerza de las armas ni por la trascendencia de las miras de los conspiradores, sino por un puñado de espadaones que apenas tendrán noción de sus propios deseos e intenciones, pero que desean conseguir el poder y los honores a cualquier precio” (19)

17. *Ibidem*, p. 184 - 185

18. *Ibidem*, p. 308

19. *Ibidem*, p. 309-310

Su pensamiento pragmático se sintetiza en otras citas; en la siguiente pareciera encontrar en el determinismo geográfico la causa del ser mexicano:

“Si comparamos su educación con la de las muchachas de la Inglaterra o de los Estados Unidos, no es una comparación sino un contraste. Comparémoslas con las mujeres españolas y así juzgaremos con menos severidad a las que heredaron su *farniente*. En primer lugar el clima induce a la indolencia, así en lo físico como en lo moral. No puede uno reconcentrarse en la lectura, cuando por las ventanas abiertas se puede contemplar un cielo siempre azul y sonriente; y si salimos a la calle después de las diez, el sol no dejará de recordarnos nuestra tropical latitud, y no importa que la brisa sea fresca y agradable, pues no se siente uno inclinado a ir muy lejos, a pie o a caballo. Cualquiera que sea la causa estoy convencida que en este país no es posible que la mente trabaje o el cuerpo se ejercite, como en la Europa o en los Estados Unidos” (20)

En otro ejemplo cita como causas lo que alguna fuente le proporcionó, sin llegar a la profundización de éstas, más bien con la intención de observar los males que aquejaban al país:

“Todo el mundo a oído hablar de los abusos que determinaron la primera revolución de México: de la desigualdad de la riqueza, de la degeneración de los indios, de los altos precios de los artículos extranjeros, de la Inquisición; de la ignorancia del pueblo; del pésimo estado de las escuelas; de la dificultad para obtener justicia; la influencia del clero, y de la ignorancia en que apostaba se mantenía a la juventud mexicana. ¿Cuál de estos males ha sido remediado? Los artículos extranjeros son más baratos y la Inquisición ya no existe; mas esta institución tan poco cristiana, ¿no había perdido gradualmente su poder ya antes del último virrey? Pero en el sagrado nombre de la “Libertad” todo abuso debe ser tolerado” (21)

En el aspecto de la causalidad, Frances Calderón incluyó el factor azar, pero lo utiliza en el sentido de fortuna, no para explicar la historia sino la conducta de las personas, pues según nuestra autora, el destino bien puede ser guiado por los

20. *Ibidem*, p. 167 - 168

21. *Ibidem*, p. 329

individuos, aún cuando se enfrentan a la adversidad. Viva imagen de que el azar puede ser superado, Calderón considera:

“El ejemplo del *Señor* Antuñano ha sido seguido por otros, y ha proporcionado a la industria en Puebla un impulso decisivo, además de ofrecer el más extraordinario ejemplo de perseverancia en la lucha en contra de lo que llaman los hombres “mala suerte”, que aniquila a los débiles pero que sirve de acicate a los fuertes” (22)

En el aspecto del azar Frances Calderón no es muy recurrente, pues intuyo que para ella el azar no explicaba casi nada.

3.2.4. Límites de la autora

Un límite que como individuos nos acecha es el prejuicio, el que inconscientemente llevamos auestas y del cual por ser tan difícil –quizá imposible- desterrar, debemos estar atentos:

“Y añade ese sabio viajero, que en uno de los patios de la Academia deberían reunirse los restos de la escultura mexicana y que sería una cosa muy curiosa colocar algunas estatuas colosales que hay de basalto y de pórfido, cargadas de jeroglíficos aztecas, obras de un pueblo semi bárbaro, al lado de las bellas formas nacidas en la Grecia o en la Italia. [...]Más no dejéis que nadie visite la Academia con estos recuerdos o anticipos en la mente... (23)

22. *Ibidem*, p.251- 252

23. *Ibidem*, p. 94

Los prejuicios que emite Madame Calderón me llevan a pensar en su mente occidental, prejuicios que no conocen otra mentalidad que la europea o la norteamericana. Prejuicios que no puede reprimir para lanzar comentarios mordaces acerca de las costumbres religiosas mexicanas: “Por muy infantil y supersticioso que pueda parecer todo esto, dudo que exista, manera mejor de imprimir ciertos principios de la religión en la mente de un pueblo demasiado ignorante para entenderlo por otros modos” (24).

En la misma línea conjetura, rememorando la figura de Judas Iscariote:

“Cuando vendió a su Maestro por treinta monedas de plata, ¿pudo imaginarse que en el lapso de los siglos sus efigies serian execradas por una turbanulta mexicana, por un pueblo desconocido, en ignotas tierras más allá de los mares? El trato fue secreto, concertado, quizás en la penumbrosa cámara de los implacables sacerdotes judíos, mas ahora es denunciado a voces para que lo oigan los descendientes de Moctezuma y de Cortés” (25)

Su estadía en el país hizo que paulatinamente cambiaran sus criterios, ya que es evidente la transformación al adaptarse a las costumbres nacionales. Es notable que recién arribada al país no se esforzó ni siquiera por comprender la esencia de lo nacional, es decir, la cultura mexicana salida de lo cotidiano:

“Si hemos de formar juicio sobre la civilización de un pueblo por sus baladas, ninguna de las canciones mexicanas nos ofrece una elevada idea de la suya. La letra es, en general un tejido de absurdidades, y no existen cantos patrióticos que su recién nacida libertad hubiera podido inspirarle a este pueblo tan dotado para la música” (26)

24. *Ibidem*, p. 99

25. *Ibidem*, p. 102

26. *Ibidem*, p. 88

Pero también es notable como en misivas con fecha posterior trata de estar alerta. Es perceptible como suavizó aquellos juicios tan adelantados a su propia mente. Y estuvo consciente de sus limitantes como escritora y como persona:

“Podrá ser esto una nadería, pero después de todo, en estas naderías como en cosas de mayor alcance, cuán necesario es para el viajero revisar sus juicios en diversos períodos a fin de corregirlos. La primera impresión puede ser de importancia si sólo se la toma como tal; mas si se le concede el valor de una opinión definitiva, ¡en cuantos errores se puede incurrir! Pasa lo mismo cuando juzgamos a los individuos por la fisonomía o por los modales, sin haber tenido tiempo de estudiar su carácter. Todos, más o menos hacemos lo mismo, pero con frecuencia sufrimos decepciones.” (27)

Los juicios no son del todo nocivos cuando podemos asirnos de ellos históricamente, entonces nos harán quizás mirar al futuro, como lo hizo Madame Calderón con la figura de Antonio López de Santa Anna al evocar las palabras que dictó Lorenzo de Zavala: “Si hemos de juzgar por el pasado, no habrá de pasar largo tiempo en su actual estado de inacción, ya que además según Zavala, posee en su interior “un principio de acción que le impulsa siempre a obrar” (28).

En La vida en México, como en cualquier obra existe una subjetividad latente, producto de los mismos prejuicios, filias y fobias del autor. Lo relevante es que Madame Calderón se mostró someramente consciente de su propia parcialidad, olvidando a veces de donde extrajo sus narraciones descriptivas: “Del interior de este convento estoy en condiciones de daros una descripción parcial; pero si ella procede de lo que he oído decir, de una visión, o de lo que vieron mis propios ojos, esto no puedo revelarlo” (29)

27. Ibidem, p. 393

28. Ibidem, p. 26

29. Ibidem, p. 206

En la misma línea de subjetividad, al hacer referencia a un reconocido ministro mexicano, José María Gutiérrez Estrada, no puede menos que referirse a los lazos afectivos que le impidieron ser objetiva. Es decir, reconoció sus propias carencias:

“En una revista política de México, escrita años ha por un mexicano que se ocupaba sin temor, y al parecer con imparcialidad, de los caracteres de todos los hombres prominentes de aquella época, encuentro algunas observaciones acerca del señor Gutiérrez Estrada y en las cuales podreis depositar mayor fe, ya que vienen de una fuente menos parcial que de aquellos que, como nosotros, sienten por el y por su familia, un gran afecto.” (30)

El hecho de que reconoció en ocasiones sus limitantes hoy nos hace valorar su testimonio. Pudo no lograr un conocimiento objetivo, pero hizo patente que la historia es parcial: “Todos estos caballeros son objeto de elogios o de críticas, según sea el partido a que pertenece el que de ellos se expresa” (31). O que la historia es dual: “Como toda historia tiene dos caras, escuchemos la proclama del jefe de los rebeldes” (32) dice, refiriéndose a Valentín Gómez Farias.

Sin duda, Frances Calderón procuró partir de lo particular a lo general y eso la hizo distinta, pues no hizo una historia de México, hizo un poco de la historia de México, lo que para mí es más comprensible. En ocasiones buscó generalizar ante un llamado a hacerlo:

“Me preguntais cuál es la educación de las mujeres mexicanas. Para contestaros debo dejar a un lado brillantes excepciones, y hablar en *masse*, cosa la más difícil del mundo, pues estas excepciones se levantan enfrente de mí como ángeles acusadores y empiezo a pensar en personas cuando debo concretarme en generalidades” (33)

30. *Ibidem*, p. 202

31. *Ibidem*, p. 166

32. *Ibidem*, p. 173

33. *Ibidem*, p. 167

3.2.5. Metodología

Nuestra autora careció de una metodología en sentido estricto, pues las finalidades al escribir las cartas eran ajenas al rigor científico de un historiador profesional. Sus constantes viajes la condicionaron a realizar frecuentes comparaciones tanto para explicar como para reforzar ideas. Por su formación ilustrada y la influencia del pensamiento romántico, Frances recurrió al pretérito donde se simbolizó muchas veces el eje de su explicación: Roma, la Edad Media, el Renacimiento, son en buena medida fuentes a las que acudió para comparar su presente. Tomemos como ejemplo la fiesta taurina, donde aunada a la comparación, elabora un juicio moral:

“Esta última parte produce una gran impresión y recordaba la de un sacrificio romano. De manera similar dieron muerte a ocho toros. El espectáculo en conjunto, es de una gran belleza; la habilidad de que hacen gala, divierte; más ese modo de atormentar al toro repugna [...] no puede ser bueno el acostumbrar al pueblo a que vea estos espectáculos sangrientos” (34)

A la par que elaboró diversas comparaciones –tantas que es imposible citar aquí todas-, también utilizó la metáfora, en esta cita que alude al general Valencia, busca interesar al lector en el acontecimiento militar:

“Todo se nos presenta como un cuadro; vemos la anarquía asomando su cabeza ruin por encima de las aguas (adornada seguramente con el gorro de la libertad), y a los valientes soldados al instante sumergirla de nuevo.” (35)

34. *Ibidem*, p. 59

35. *Ibidem*, p. 180

3.2.6. Fuentes

En este aspecto, se pueden analizar las fuentes de Madame Calderón, desde ciertas perspectivas:

1.- Las fuentes mencionadas a las que acudió antes de venir a México: Cortés, Humboldt, Mora, Zavala y Clavijero; y que debieron ser los textos tradicionales sobre México que por entonces se conocían en el mundo ilustrado. Fueron estas obras a las que les dio gran peso, y las que la enteraron de la inestabilidad política del país: “muy fácil es”, dice Zavala en uno de sus certeros comentarios, “poner en combustión un país cuando hay elementos de discordia; pero las dificultades de su reorganización son indefinidas” (36).

2. Fuentes orales: a las que recurrió durante su estancia en México y que la mayoría de las veces fueron personajes con los que convivió y a quienes les concedió enorme fiabilidad. Otras veces plasmó lo que escuchaba, haciendo saber que no respondía por ello:

“El primer día de la fiesta circuló el rumor de que el partido federalista intentaba apoderarse de las *bancas* de los monteros para procurarse el nervio de la guerra, esperando tanto como un millón de pesos y dar después el *grito* en México, aprovechándose de la ausencia temporal del Presidente y de los miembros del Gobierno. El Plan parecía más bien factible, y el rumor, falso o verdadero, se propaló todo el día de ayer...” (37)

36. *Ibidem*, p. 194

37. *Ibidem*, p. 282

3.- Como ilustrada que era Frances, citó también aquellas obras ya clásicas en su formación integral, resaltando aquellos autores románticos: Thomas Carlyle, Lord Byron y Sir Walter Scott.

4.- Y finalmente fuentes de archivo, periódicos y documentos que llegaron a su poder y los que retomó aunque sin la intención de un historiador científico, sino por mera curiosidad de conocer:

“En el archivo del convento todavía existen documentos que atestiguan las penalidades que estos frailes tuvieron que arrostrar; el celo con que se dedicaban al estudio de las lenguas en el país (y cuando sabemos que en una extensión de 180 leguas se hablaban diecinueve lenguas diferentes, no podemos considerar esta tarea como fácil), y en sus relaciones, más o menos bien escritas, según la capacidad de cada quien en educación y talento nos describen su estado moral o físico” (38)

De todas estas fuentes, puede afirmarse, que es poco lo que interpreta, pues casi todos los datos los da por ciertos:

“Calderón acaba de regresar de una visita al Archivo General, en donde todo es ruina y confusión. Don Ignacio Cuevas, su director ha escrito varias obras: la Historia de los Virreyes, de las Californias, etc., cuyos manuscritos fueron robados o destruidos en el último *pronunciamento*. Volvió a contarle la anécdota de Revillagigedo y las joyas. [...] Díjole a Calderón que, en lengua mexicana, México significa “debajo de esto” aludiendo a la población que, según la tradición esta sepultada debajo de *Pedregal*” (39)

El significado que otorgó a las fuentes fue amplio, pues encontró aplicaciones a las obras que leyó, visitó muchos lugares que antes conoció por la lectura, se remontó a los personajes y a los paisajes:

38. *Ibidem*, p. 162-163

39. *Ibidem*, p. 305

“Diríase que el telón del Tiempo volvía a levantarse, para descubrimos el vasto panorama que bruscamente apareció ante los ojos de Cortés, cuando le vio por vez primera desde los encumbrados llanos. Un Conquistador, temeroso de Dios y cuya lealtad y religión se fundían de tal modo con los usos de la antigua España, que habría sido difícil juzgar cual de estos sentimientos le gobernaba con mayor fuerza” (40)

Finalmente, deduzco que del libro de Frances Calderón se pueden extraer conceptos teóricos como los ya señalados, y la historia esta escondida en todas sus líneas, en el pasado que la precedió:

“Por encima de las nubes que envuelven la falda de los volcanes, las nevadas cimas que parecían domos de mármol, dominaban el espacio. Y mientras la vista se esforzaba en la contemplación del fondo del valle, todo se me fue apareciendo más bien como una visión del Pasado que como una revelación del Presente, actual y palpitante” (41)

40. *Ibidem*, p. 37

41. *Ibidem*, p. 37

4. LAS FIGURAS HISTORICAS EN LA VIDA EN MEXICO

He decidido titular de esta manera el presente capítulo, pues las figuras públicas, creemos la mayoría, han condicionado el devenir histórico. Sea por su carácter, preparación o carisma, han logrado influir en los pensamientos de las mayorías, y aún han precipitado los acontecimientos. Vienen a nuestra mente nombres, tan pronto hablamos de un proceso histórico como la Revolución francesa o la Independencia de México. El objetivo de este capítulo, no es considerar qué tanto influye un personaje en el devenir histórico, busca más bien analizar como nuestra autora describió a estos personajes y qué le sugirieron. El convivir en el ambiente político de la primera mitad del siglo XIX, le permitió observar de cerca sus actitudes y aún conocer sus diálogos. La información que sobre algunos proporcionó fue también recopilada de fuentes orales y escritas como periódicos y folletos. La vida de esta figuras estuvo entrelazada con la historia nacional, sin poder desligar del todo ambas, como lo manifestó nuestra autora: “Y de los que he mencionado no hay ninguno, en el caso de tener que escribir su vida, que no se escribiera al mismo tiempo la historia de esta guerras civiles”

(1)

4.1. Guadalupe Victoria

El primer presidente de la República, tempranamente se unió a los insurgentes y combatió cerca del general José María Morelos y Pavón; cambió su verdadero nombre, Miguel Fernández Felix, por el de Guadalupe Victoria. Se destacó en el asalto a Oaxaca

1. Ibidem, p. 259

(1812). Más adelante, se unió a Santa Anna en Veracruz para derrotar a Iturbide y al proclamarse la República, fungió como presidente, cargo que ocupó desde el 10 de octubre de 1824 hasta el 21 de marzo de 1829. Al dejar la presidencia se retiró a su hacienda “El Jobo”.

A su llegada al puerto de Veracruz, a fines de 1839, Madame Calderón le conoció. He aquí el retrato que nos hace de este personaje:

“Pero por encima de la multitud de color bronce, apareció un plumaje de coloradas plumas y se dio paso luego a un ayudante del Gobernador, general Guadalupe Victoria. Era un hombre altísimo, de vistoso uniforme cubierto de oro, con colosales charreteras y con su penacho guarnecido de plumas de todos los colores del arcoiris. Le ofreció a Calderón la bienvenida y las felicitaciones del General, y aquellos cumplimientos, muy a la española y gratos al oído, sean o no verdaderos [...] el general Guadalupe Victoria sería el último entre todas las gentes a quien se le podría dar tan resonante apellido, que, en realidad, no es el suyo propio, ya que es adoptivo, y tomó el de Guadalupe en honor de la famosa imagen de la Virgen de ese nombre, y el de *Victoria*, con menos humildad, para conmemorar sus triunfos en los campos de batalla. Es un honrado y sencillo ciudadano, melancólico, cojo y de alta estatura, de limitada conversación, aparentemente amable y de buen natural, pero ciertamente no cortesano ni orador; un hombre de innegable valentía, capaz de soportar padecimientos casi increíbles; humano, y que siempre ha demostrado ser sincero amante de lo que el conceptúa libertad, y que nunca ha procedido por ambición o motivos interesados.

Se dice que sus defectos eran la indolencia, la falta de resolución y la excesiva confianza en sus propios conocimientos. Es el único presidente mexicano que ha terminado, como primer magistrado, el término fijado por las leyes.” (2)

4.2. Antonio López de Santa Anna

Este militar y político mexicano fue uno de los protagonistas fundamentales de la primera mitad del s. XIX. Al rebelarse contra Agustín de Iturbide y después de la caída de éste en 1823, accedió al mando del ejército. Sus éxitos militares comenzaron al derrotar en Tampico

2. *Ibidem*, p. 22

a los españoles que pretendían la reconquista de México en 1828. Se rebeló contra la dictadura del general Anastasio Bustamante y asumió la presidencia del país en 1833, dejando el poder más tarde en manos de Valentín Gómez Farias. En 1834 asumió el gobierno pleno y como centralista aceptó la independencia de Texas (1836). Hacia 1841, ocupó de nuevo la presidencia y se convirtió en dictador hasta 1844, año en que fue derrocado y desterrado. En 1846 regresó a dirigir un movimiento nacionalista que lo nombró generalísimo de las tropas mexicanas para combatir a Estados Unidos. Un año después, la expoliación del país por parte de Estados Unidos era inminente y no pudo evitar que el invasor ocupara la capital. En el año de 1852, otra vez en México, y con el apoyo del grupo conservador se convirtió en dictador vitalicio hasta 1855, cuando fue derrocado por la revolución de Ayutla, encabezada por Juan Alvarez. Desterrado viajó a la Habana, donde vivió hasta 1874, y finalmente sobrevivió dos años en la ciudad de México, donde murió en 1876.

El general Antonio López de Santa Anna fue uno de los personajes más controvertidos en la historia del país, a lo largo del texto La vida en México, fue citado exhaustivamente ya que se inmiscuía en los acontecimientos políticos tanto del bando centralista como el federalista. Cuando nuestra autora escribe lo encuentra inactivo militarmente, pero esperando la oportunidad de intervenir en la política nacional; más tarde nos refiere un Santa Anna inmerso en el suceder de los acontecimientos. Cabe hacer notar que Madame Calderón intuía el espíritu activo que prevalecía en Santa Anna, y dejó claro que esperaba una futura actuación de él:

“Muy señor, de buen ver, vestido con sencillez, con una sombra de melancolía en el semblante, con una sola pierna, con algo peculiar del inválido y, para nosotros, la persona más interesante de todo el grupo. De color cetrino, hermosos ojos negros de suave y penetrante mirada, e interesante la expresión de su rostro. No conociendo la historia de su pasado, se podría decir que es un filósofo que vive en digno

retraimiento, que es un hombre que, después de haber vivido en el mundo, ha encontrado que todo en él es vanidad e ingratitud, y si alguna vez se le pudiera persuadir en abandonar su retiro, solo lo haría igual que Cincinato, para beneficio de su país. Es curioso cuán frecuente es encontrarse una apariencia de filosófica resignación y de plácida tristeza en el semblante de los hombres más sagaces, más ambiciosos y más arteros. Calderón le entregó una carta de la reina, escrita en el supuesto de que todavía era presidente, la cual pareció complacerle mucho, pero que solo suscitó de su parte una inocente observación: “¡Qué bien escribe la Reina!”.

Se le notaba a veces una expresión de angustia en la mirada, especialmente cuando hablaba de su pierna, amputada debajo de la rodilla. Hablaba de ella con frecuencia, como Sir John Ramorny de su mano ensangrentada, y al contar la manera como le hirieron, y alude a los franceses, su semblante adquiere el mismo aire de amargura que debe haber tenido el de Ramorny cuando hablaba de “Enrique el Herrero”.

Por lo demás, estuvo muy agradable habló mucho de los Estados Unidos y de las personas que ahí ha conocido, y sus modales rebelaban calma y caballerosidad, y en conjunto resultó ser un héroe mucho más fino de lo que yo me esperaba. Si hemos de juzgar por el pasado, no habrá de permanecer largo tiempo en su actual estado de inacción, ya que además, según Zavala, posee en su interior “un principio de acción que le impulsa siempre a obrar” (3)

4.3. Anastasio Bustamante

Este general y político mexicano, fue también médico. Combatió del lado de los realistas, en las primeras campañas de la Guerra de Independencia, y después de la proclamación del Plan de Iguala (1821) se adhirió a la causa patriota. Elegido vicepresidente de la República en 1829 emitió el Plan de Jalapa, y ayudado por Santa Anna, derrocó al entonces presidente Vicente Guerrero y asumió la presidencia (1830). Dos años más tarde el mismo Santa Anna lo derrocó, volviendo al cargo presidencial para el período 1837-1841. Tras la sublevación de Santa Anna y el general Paredes, tuvo que marchar al destierro, para volver sólo en 1844 al estallar la guerra contra Estados Unidos y ofrecer sus servicios a Santa Anna. Es evidente el aprecio que por el general Anastasio Bustamante sintió Frances Calderón, pues no escatimó elogios exhaltando sus virtudes. Le dedicó muchas líneas al igual que a Santa Anna. Es de las

3. Ibidem, p. 26

figuras más renombradas en su obra, y ello no debe de extrañar, pues por razones políticas tenían frecuente contacto; recordemos el puesto de don Angel Calderón. Aún cuando nuestra autora trató de ser imparcial en el pronunciamiento de Gómez Farias y José Urrea de 1841, en contra del gobierno que comandaba Anastasio Bustamante, no pudo evitar tomar partido por éste último, resultando hasta cierta forma comprensible, pues el puesto de su esposo dependía en gran parte de aquél. Lo que sigue es el retrato de la Marquesa sobre la personalidad en cuestión:

“Parece hombre bondadoso, con una expresión de honestidad y benevolencia, franco y sencillo en sus maneras, y de ningún modo con aire de héroe. Su conversación no fue muy brillante, y no me acuerdo bien cuál fue el tema de ella, supongo que sobre el tiempo, y desde luego, y de preferencia, sobre medicina. No podría ofrecerse mayor contraste, tanto en la apariencia como en la realidad, que entre él y Santa Anna. Su mirada no tiene nada de diabólica. Es franco, abierto, sin reservas. Es imposible mirarle cara a cara y no creer que es un hombre honrado y bien intencionado. Un escritor carente de principios, pero muy inteligente, ha dicho de él que no está dotado de grandes capacidades ni de genio superior; pero bien sea por reflexión o por dificultad en comprender, es siempre extraordinariamente calmado en sus determinaciones, que antes de tomar partido inquiere y considera hasta el fondo si será justo; más una vez convencido de que lo es, o que le parece serlo, sostiene sus puntos de vista con firmeza y constancia: Añade el dicho escritor que está hecho más para obedecer que para mandar; por cuya razón fue siempre tan ciego servidor de los españoles y de Iturbide después.

Es fama que sabe ser buen amigo, que su honradez es proverbial y, por su persona, valiente; sin embargo su energía moral decae en algunas ocasiones. Es, en consecuencia, una persona estimable y que quiere cumplir con su deber hasta donde sus facultades se lo permiten, aun cuando es problemático determinar si posee aquella severidad y energía suficientes en estos desdichados días en que le ha tocado gobernar” (4)

4. *Ibidem*, p. 47

4.4. La Güera Rodríguez

Nacida en la ciudad de México el 20 de noviembre de 1778, su nombre de pila fue María Ignacia Javiera Rafaela Agustina Feliciano Rodríguez de Velasco Osorio Barba Jiménez Bello de Pereyra Fernández de Córdoba Salas Solano y Garfias, mejor conocida como la Güera Rodríguez. Artemio del Valle Arizpe realizó la biografía más completa de esta figura del ámbito social entre los siglos XVIII y XIX. La obra que sobre esta personalidad escribiera, fue titulada precisamente La Güera Rodríguez, y editada por vez primera en 1949, está basada en fuentes de archivo y orales.

Sin duda alguna la participación más notable de la Güera Rodríguez en el ámbito histórico fue haber simpatizado con la idea independentista. Fue denunciada como conspiradora por un oscuro personaje llamado Juan Garrido y tuvo que dar explicaciones al Tribunal del Santo Oficio que determinó desterrarla por breve tiempo a la ciudad de Querétaro.

Su figura está rodeada más por la fama que por las pruebas fehacientes. Su hermoso aspecto físico – se presume – favoreció algunos acontecimientos históricos. Se ha dicho que estuvo relacionada sentimentalmente con Agustín de Iturbide, con el insurgente caraqueño Simón Bolívar, con el virrey Juan Ruiz de Apodaca y con el viajero ilustrado Alexander von Humboldt. Después de larga vida, la Güera Rodríguez falleció en noviembre de 1870, a los 92 años de edad.

Es notable la simpatía que sentía Frances Calderón por la Güera, y lo expresó en no pocas líneas. Al formar parte de la encumbrada sociedad mexicana, la Güera Rodríguez se presentó a Madame Calderón como correspondía a la época, y las tertulias y los paseos donde coincidieron fueron muchos.

El retrato que sobre esta personalidad hiciera Madame Calderón es el siguiente, con una anécdota interesante sobre cómo conoció al barón de Humboldt:

“Antes de terminar esta carta, debo decir que esta mañana he recibido la visita de una persona notable en extremo, muy conocida aquí con el nombre de *La Güera Rodríguez*, de la que se dice que hace muchos años fue celebrada por Humboldt como la mujer más bella que él hubiera visto en todo el curso de sus viajes. Considerando el tiempo que ha transcurrido desde que este distinguido pasajero visitó estas partes, no pude menos que asombrarme cuando vi su tarjeta en donde rogaba ser recibida, y mucho más de ver que, a pesar de los años y de las huellas que el tiempo se complace en dejar en el rostro más bello, la Güera conservaba una abundancia de bucles rubios sin un solo cabello gris, una hermosa y blanca dentadura, ojos lindos y gran viveza.

[...]Hablamos de Humboldt, y haciendo mención de sí misma en tercera persona, me refirió todos los pormenores de su primera visita, y la admiración que sintió por ella; que entonces era muy joven, sin embargo de estar ya casada, y madre de dos niños y que cuando Humboldt fue a visitar a su madre, se encontraba sentada cosiendo en un rincón y en donde el Barón no podía verla, hasta que, conversando éste muy seriamente acerca de la cochinilla, inquirió si podría visitar cierto lugar en que existía una plantación de nopales. “Ciertamente que sí”, dijo *La Güera* desde su rincón, “y nosotras mismas podemos llevar ahí al señor de Humboldt”. Echándola de ver ahí entonces quedóse admirado y suspenso, exclamando al fin “¡*Válgame Dios!* ¿Quién es esta muchacha?” Desde aquella ocasión estaba constantemente con ella, y más cautivado dice, por su ingenio que por su hermosura, considerándola como la Madame Stäel de Occidente. Todo esto me lleva a sospechar que tan grave viajero fue muy sensible a los encantos de su amiga, y que ni minas, ni montañas, no geografía, ni geología, ni conchas petrificadas, ni *alpenkalkstein* lo ocuparon bastante para que escribiera un ligero stratum de devaneo amoroso. Conforta el pensar que, “a veces, hasta el gran Humboldt sucumbe” (5)

4.5. Lucas Alamán

Este historiador, economista y político mexicano, nació en Guanajuato en 1782. Testigo del inicio del movimiento independentista viajó a Europa y hacia 1821 representó a México en las Cortes Españolas y retornó a su patria tras la caída del primer Imperio. En 1829

5. *Ibidem*, p. 64-65.

formó parte del gobierno tripartita; siempre se mantuvo del lado de la tendencia centralista. Ocupó el cargo de ministro de Relaciones Interiores y Exteriores, fomentó la industria y la minería, fundó el Banco de Avio; se dio también a la tarea de organizar el Archivo general y el Museo de Antigüedades. Autor de diversas obras, sobresalen: Disertaciones sobre la historia de México e Historia de México. Alamán es presencia constante en las páginas de La vida en México. Madame Calderón le trató con frecuencia y tuvo oportunidad de distinguir los conocimientos que poseía ya fuera en temas tan variados como: geología, ingeniería, industria o letras. Es detectable la admiración que por este personaje sentía y nos refiere como a pesar de estar tan inmiscuido en la política, en sus reuniones evitaba hablar de este tema:

“Don Lucas Alamán, que ha pasado en la Europa muchos años, en 1820 fue diputado a las Cortes Españolas. Poco tiempo después de su regreso fue nombrado ministro de relaciones extranjeras, alto puesto que ha desempeñado durante muchas épocas difíciles. Es hombre erudito y se ha mostrado siempre protector de las artes y las ciencias. En su conversación es más reservado, menos brillante, más minucioso que el Conde de la Cortina y siempre cauteloso al expresar sus opiniones, pero invariablemente dispuesto y capacitado para dar informes acerca de cualquier tema relacionado con este país, mas siempre que no tenga que ver con la política.” (6)

4.6. Andrés Quintana Roo

Es considerado un eminente poeta, así como abogado y político. Nació en Mérida, Yucatán en 1787 y fue uno de los próceres de la Independencia. Como miembro del Congreso de Chilpancingo presidió la Asamblea Constituyente que formuló la declaración

6. Ibidem, p.262

de Independencia. Diputado y senador varias veces, nombrado Secretario de Estado y magistrado de la Suprema Corte, además de miembro del gobierno tripartita. Editó y dirigió el periódico Semanario patriótico.

El cuadro que sobre este autor nos presentó Frances Calderón versa sobre su retiro a las letras más que sobre su aspecto físico. Lo incluyó en una lista sobre los hombres más distinguidos del país.

“El siguiente en mi lista es don Andrés Quintana Roo, el mejor poeta moderno de México, nacido en Yucatán, el cual llegó muy joven a la metrópoli para estudiar leyes. Dicen que posee grandes conocimientos y que su entusiasmo por la causa de la Independencia rayaba en fanatismo, de tal manera que junto con su esposa Doña Leona Vicario, que compartía con él su ardiente amor a la libertad, desafiaron toda clase de peligros en aras de la causa, sufriendo cárceles; se fugaron de la Inquisición y escaparon de las manos de los ladrones, y padecieron toda clase de incomodidades; de tal manera que su historia formaría una novela. A la fecha esta entregado a las letras, y aunque de vez en cuando lanza algún opúsculo político, es probable que ya esté cansado de revoluciones y posea toda la calma del hombre que ha tenido una juventud exaltada y tormentosa, por lo que al fin de sus días sólo encuentra consuelo en el estudio, el pozo de la ciencia le ha resultado ser un Leteo, en cuyas aguas mata el recuerdo de todas sus tristezas pasadas.” (7)

Algunas figuras se escaparon a este capítulo pues era escasa la información que de éstas nos proporcionó Frances Calderón. Algunos otros son mencionados en algún párrafo y otros como don José Gutiérrez de Estrada son tratados en otro apartado como en el siguiente capítulo, titulado “Análisis comparativo”.

7. Ibidem, p. 261

5. ANALISIS COMPARATIVO

La historiografía tiene muchas acepciones, y asirnos a alguna de ellas con algún fin es válido, como lo es el hecho de reinterpretarla. Podría decirse que quienes vivimos en el año 2000, al voltear y escudriñar el pasado, nos encontramos ante lo que fue y ante lo que se ha dicho de lo que fue, y nuestra perspectiva del siglo XXI, nos pone en un mejor asiento para ver el pretérito.

Retomamos todas las huellas, todos los vestigios, todos los ecos, todo lo que está a nuestro alcance, y que sin duda, debe ser mucho más de lo que originalmente fue, por ello nuestro panorama es más amplio. Y por lo mismo estamos más comprometidos con ese pasado y con nuestro presente.

Nuestra interpretación debe aspirar a ser más clara, más nítida, y sin embargo tampoco puede estar exenta de nuestra manera personal de observar el mundo, de nuestras preferencias, y de todo aquello que nos condiciona como seres humanos, inherente a nosotros mismos historiadores.

En sus Voces y silencios en la historia, Sonia Corcuera analiza la tarea de sentarse a escribir, aquella a la que dedicamos muchas horas los historiadores, cuando creemos que tenemos algo que decir:

“Escribir es una empresa incierta porque ningún autor sabe con certeza hasta donde llegarán sus palabras, ni cómo, ni por quien serán leídas. Muchos han escrito, pero sólo los más curiosos, los más brillantes, los más inquisitivos, los más dedicados, en resumen, los mejores han dejado huella. [...]Escribieron porque tenían algo que comunicar, algo que todavía no estaba dicho o que valía la pena repetir porque no se había dicho de esa manera” (1)

1. Corcuera de Mancera, Sonia, Voces y silencios en la Historia. Siglos XIX y XX, México, FCE,1997, p. 9

Encuentro que Frances Calderón tenía mucho que decirnos y se le ha retomado para ver su obra desde nuevos ángulos, para agotar imágenes del siglo XIX, del México que ella conoció, y por supuesto reinterpretarla una y otra vez.

Hoy retomo su obra para compararla con otra muy semejante en cuanto al tema principal: México, su vida cotidiana. Me refiero al libro titulado Un viaje a México en 1864, de la Condesa Paula Kolonitz. Dicha comparación es parte del presente capítulo.

Aunado a esta comparación también están incluidos los resultados y aportaciones de La vida en México en las conclusiones.

5.1. La Condesa Paula Kolonitz

Nació en 1830, cuando el mapa europeo se dividía geográficamente en grandes Imperios. Austria fue su cuna. Aunque de noble estirpe, escasean los datos biográficos, solo es posible afirmar que participó como canonesa del capítulo de nobles en Saboya. El siguiente dato que refiere su vida, no es sino el viaje que realizó como dama de la corte de Carlota, esposa de Maximiliano, en su travesía de Miramar a México: “Pisando suelo mexicano cesaban sus funciones, pero permaneció casi seis meses en nuestro país y en este libro nos cuenta sus impresiones” (2)

Kolonitz no permaneció en México todo el tiempo que habría de prolongarse el Imperio de la casa de Habsburgo. Retornó en noviembre de 1864, por lo que su estancia solo duró unos meses. Más ello no le impidió publicar su obra en alemán (Viena, 1867), en italiano (Florencia, 1868) e inglés (Londres, 1868).

2. Beltrán, Nefalí, “Introducción”, en: Kolonitz, Condesa Paula, Un Viaje a México en 1864, México, Septententas, no. 291, 1976, p.5

Hacia 1873 contrajo nupcias con Felix Eloin (1819-1888), ingeniero nativo de Bélgica que emprendiera la aventura con el archiduque Maximiliano en calidad de jefe de consejeros; sin embargo la relación Eloin-Kolonitz por razones desconocidas no prosperó y se desintegró en poco tiempo. Por su parte Eloin, pudo ver el ocaso del Imperio al cual sobrevivió para radicar posteriormente en Europa hasta su muerte.

Paula Kolonitz invitó a sus lectores a conocer México:

“Este viaje es y será el más bello recuerdo de mi vida. Fui feliz muchas veces y ninguna triste noticia de los míos había empeñado mi alegría. ¡El mundo es todavía bello! Quien lo dude, que vaya y que lo admire” (3)

Resultaría poco ético querer ocupar líneas de este trabajo con datos falsos o erróneos, pues son realmente limitadas las noticias que con veracidad testifican sobre la vida de la Condesa, sin embargo el propio Neftalí Beltrán en su introducción a Un viaje a México en 1864 nos da fe que Kolonitz dejó de existir en el mismo país que le viera nacer pero en 1890, cuando el Imperio de Maximiliano cumplía más de dos décadas de haber fenecido.

5.2. Un viaje a México en 1864...

...es el título de la obra que nos sirve de comparación a La vida en México. Fue editado varias veces en Europa. Su título original era en francés: Voyage au Mexique en 1864.

3. Kolonitz, Condesa Paula, Un viaje a México en 1864, traducción de Neftalí Beltrán, México, Sepsetentas no. 291, 1976, p.187

La versión al español, al igual que la obra de Madame Calderón se hizo tardíamente: “Yo la traduje de este último idioma (italiano), ya que desconozco el alemán. Es pues, la traducción de una traducción, con todas las consecuencias que eso pueda acarrear” (4) El prólogo es de Luis G. Zorrilla y la ilustran algunos dibujos de Antonio Barrera.

La obra nos narra el viaje que hicieron desde el palacio de Miramar el Archiduque Maximiliano, su esposa Carlota con su corte, conformada por más de ochenta personas, entre las cuales estaba la propia Kolonitz. A bordo del vapor Novara y la fragata Themis recorrieron el mar Mediterráneo, visitaron al Papa Pío IX en Roma, hicieron escala en Madera (Portugal), y las islas Baleares. Cruzaron el Atlántico, donde abundaron los pormenores, especialmente en el Themis, barco de guerra pequeño. Visitaron la Martinica y Jamaica, y arribaron días más tarde a Veracruz. A partir de allí Kolonitz describe con detalle el paisaje mexicano, como lo hiciera décadas antes Fanny Calderón. Es de suponer que era el itinerario obligado a todo visitante en su trayecto de Veracruz a la ciudad de México: Córdoba, Orizaba, Puebla, Cholula, Río Frío y por fin la ciudad de México, lugar al que llegaron extenuados pero felices.

Nos narra la acogida a la pareja imperial la cual estuvo llena de desconcierto, ya que no esperaban los súbditos su sorpresiva llegada. Más tarde describe los paseos en la ciudad de México, y se ocupa de algunos tópicos como el carácter de los mexicanos, la hospitalidad, la alimentación y la educación de las damas –por citar algunos ejemplos–. Acude a fuentes escritas, pero no las cita textualmente, excepto una de William Prescott, quien escribiera La Conquista de México.

4. Beltrán, *op. cit.*, p. 6

Es de notar que conocía las obras de Alexander von Humboldt y Charles Dickens, sin referirse a éstas expresamente.

Se sorprendió ante la exuberante vegetación y no dudó en reprochar a los mexicanos su retraso cultural y económico por la falta de interés y trabajo constante. Visitó también lugares quizá obligados para todo extranjero: La Alameda, Tacubaya, el Paseo de la Viga, San Angel, el Peñón de los Baños, el Desierto de los Leones, La Villa de Guadalupe y el Castillo de Chapultepec, donde fijó su residencia el emperador Maximiliano. En viajes cortos también conoció Real del Monte y San Miguel Regla.

Retomó pasajes históricos al igual que Madame Calderón para narrar su estadia: a la Conquista de México y a la figura de Cortés les otorgó muchas líneas de su redacción. También sobresalieron en su texto personalidades como Hidalgo, Morelos y Matamoros.

Finalmente narró su regreso a Veracruz y las peripecias antes de alcanzar Europa a fines de 1864, haciendo patente su satisfacción por los lugares antes visitados y que tanto la cautivaran, pero preocupada también por el futuro incierto de los emperadores.

Es de notar que el texto lo terminó de redactar en Europa, complementándolo con notas de su paso por México, y por los recuerdos cercanos guardados en su memoria.

Por último cabe destacar con extrañeza la disparidad cronológica entre los datos históricos que aseguran que la primera edición (austriaca) de la obra fue editada en 1867, en tanto que Kolonitz plasmó la fecha de 15 de mayo de 1872 al poner punto final a su libro.

Como base de comparación se utilizará el siguiente esquema, para después desprender los puntos más importantes, si bien es innegable que la parte correspondiente a Madame Calderón ya se ha desarrollado a lo largo de este trabajo.

5.3. Cuadro comparativo.

FRANCES CALDERÓN	PAULA KOLONITZ
Escocesa, nacida en Edimburgo en 1804.	Austriaca, nacida en Viena en 1830.
De noble cuna, su padre perdió tempranamente su fortuna y emigró a Francia.	Noble por nacimiento emprendió recorridos diversos por Europa desde joven.
Mujer culta. Aprendió el francés y hablaba inglés como lengua materna. Viajó a Boston (E.U.) donde estableció una academia con su familia, ahí conoció al hispanista George Ticknor y al historiador William Prescott.	Se deduce que además del alemán como lengua nativa, conocía el francés y el italiano.
Al contraer nupcias con el ministro español ante México Angel Calderón de la Barca, viajó a este país a fines de 1839.	Viajó a México con la corte que acompañaba a los emperadores Maximiliano y Carlota en 1864.
Su obra <u>La vida en México</u> resultado de las cartas que enviaba a su familia durante su estancia en México.	Su libro <u>Un viaje a México en 1864</u> fruto de las observaciones que hizo en su visita a este país.

<p>Extranjera Protestante, con gran influencia romántica</p>	<p>Extranjera Católica, con tendencia liberal y crítica.</p>
<p>Reconoció el pasado histórico de los mexicanos y por ello añoraba esos tiempos que creía mejores para los habitantes de México-Tenochtitlan.</p>	<p>Expuso de qué forma floreció la cultura Tolteca y la Azteca, pero creyó que la ferocidad de estos últimos no eran sino crudezas.</p>
<p>Encontró "héroes" en la historia de México</p>	<p>Había figuras de admirar, pero también para criticar en la historia de México.</p>
<p>Describió los paisajes mexicanos y el carácter de sus habitantes. Se diría que a veces era muy imparcial, otras muy acertada.</p>	<p>Utilizó sus referentes europeos. Su obra contiene interesantes descripciones, no siempre justas de los lugares de México y su gente.</p>
<p>Conoció a ciertos personajes históricos a los que retrató fielmente.</p>	<p>Convivió con personajes históricos, esencialmente del grupo ideológico conservador, de quienes dejó algunas descripciones sobre su personalidad y carácter.</p>
<p>Dejó constancia de las costumbres y fiestas populares más importantes de la ciudad de México. Observó valores éticos en la sociedad.</p>	<p>Describió las fiestas religiosas que pudo observar. Se percató de los valores que tenían los mexicanos.</p>

<p>Utilizó los hechos históricos, para describir los lugares que visitaba.</p>	<p>Usó los hechos como referente a los lugares que describía.</p>
<p>Supuso que el gobierno conservador con Anastasio Bustamente a la cabeza (que le tocó vivir) fue acertado, pero las frecuentes revueltas debilitaban al país.</p>	<p>Creó que el gobierno monárquico de Maximiliano restablecerían la paz que el país ansiaba luego de numerosas guerras.</p>
<p>No ofreció un concepto claro de historia, pero está implícito a lo largo de su obra.</p>	<p>Para Kolonitz la historia de México no era sino la enumeración de guerras, revoluciones y pronunciamientos contra los gobiernos.</p>
<p>Terminó por adaptarse a la vida y costumbres del país. Regresó a E.U. en enero de 1842 y es extraño que no retornara después a México.</p>	<p>Aunque gustó mucho de esta nación, es evidente que no se adaptó totalmente. Por razones obvias no retornó a México. Regresó a Europa en diciembre de 1864.</p>

5.4. Análisis

Se han mencionado a lo largo de los capítulos anteriores, los conceptos del pensamiento en Madame Calderón. También la manera cómo veía la historia, no en el sentido estricto que se le suele dar a ésta. En Paula Kolonitz hay un gran parecido en el trasfondo. Bien pudiera decirse que la obra de Madame Calderón abunda en descripciones y narrativa, es decir, la obra es más extensa. Paula Kolonitz escribió un libro corto, pero cabe hacer notar que su estadía fue apenas de seis meses, contra los dos años que vivió aquí Madame Calderón.

Ambas arribaron a Veracruz, las penalidades del viaje fueron mayores para Calderón quien utilizó todo el tiempo la diligencia. Kolonitz recorrió una parte del trayecto en ferrocarril, en la vía que apresuradamente habían tendido los franceses y que constaba entonces de unos cuantos kilómetros, el resto del trayecto lo realizó en una carroza y aún así, sus quejas fueron frecuentes.

A lo largo del camino el paisaje exuberante las sorprendió. Nos dice Kolonitz:

“A las seis y media de la mañana siguiente volvimos a emprender el viaje atravesando una región rica y cultivadísima, pasando entre selvas, junto a villas y haciendas, campos de caña de azúcar, de maíz, de cacao, entre jardines de naranjos, de granadas y de miles y miles de otros árboles frutales” (5)

Instaladas en la ciudad de México, son agasajadas frecuentemente como correspondía al status en el que se movían. Madame Calderón presenció un recibimiento cálido con aclamaciones, incluso con un himno compuesto especialmente para don Angel Calderón.

Kolonitz narra como en Veracruz el recibimiento a la pareja imperial fue glacial. No obstante en la ciudad de México, Maximiliano y su séquito ingresaron triunfantes:

“Las casas aparecían llenas de guirnaldas, de banderas, de flores, de tapices y de inscripciones testimoniándoles la común alegría a Maximiliano y Carlota. Por todos lados se levantaron arcos de triunfo, las calles estaban atestadas de gente; a los miles de balcones de la ciudad se asomaban señoras y niños aplaudiendo: En su mayoría las damas vestían de negro envueltas con la mantilla española.

Nosotros habíamos ido al Palacio de Minería para admirar desde allá el espectáculo de la entrada. No es desde el punto de vista europeo que debemos juzgar esta solemnidad. Aquí faltan la belleza de los uniformes y el esplendor de los arreos.

Los uniformes de los grandes dignatarios, tanto militares como civiles, estaban sobrecargados de oro, pero el buen gusto y la elegancia se buscaban inútilmente.” (6)

Cuando ambas visitaron los alrededores de la ciudad de México profundizaron y pintaron con los más bellos colores los paisajes, haciendo gala de la descripción abundante. Nos dice Neftalí Beltrán acerca de la Condesa Kolonitz: “En ocasiones pretende acercarse a lo científico pero que su romanticismo ahoga en el más dulce almíbar” (7).

Dentro de sus frecuentes paseos, y siguiendo itinerarios reconocidos, encontraron la historia de la ciudad de México. Es de suponer que Madame Calderón contó con guías entre sus múltiples amistades al igual que Kolonitz, pero es queja frecuente de esta última que los caminos y los edificios, estaban dañados por la reciente guerra de Intervención, argumento muy cierto.

Para referirse a su paseo por la Catedral, se escuchó la voz de Frances Calderón:

“[...] Cortés, quien con la Cruz puso fin al derramamiento de sangre inocente, fundó la Catedral sobre las ruinas de un templo en el que tantas veces se oyeron voces lastimeras, y en lugar de estos ídolos embadurnados con sangre, instituyó el culto de la dulce imagen de la Virgen” (8)

6. *Ibidem*, p. 91

7. *Ibidem*, p. 5

8. Madame Calderón, *op. cit.*, p. 45

Paula Kolonitz acude a las mismas huellas, pues nos informa:

“Antes que todo convenía visitar la ciudad en la cual, desgraciadamente no se encuentra casi ningún vestigio de la época azteca. Tenochtitlan fue enteramente destruida por los conquistadores, sobre sus ruinas Cortés construyó México en 1524. [...] La Catedral que rodeada de cadenas y de paseos se levanta sobre una explanada, es bella, grandiosa, de estilo dórico, construida con grandes masas cuadradas de pórfido” (9)

Del Castillo de Chapultepec Kolonitz refiere un extenso recorrido por sus arboledas, por el parque y por el mismo Castillo, el cual encontró casi en ruinas, pero que gracias a la activa colaboración de sus servidores pudo habitarse en pocos días, lo que causó el asombro de la Condesa por su pronta y eficiente reconstrucción.

Madame Calderón por su parte, se aventuró a sugerir que el Castillo tenía doble fin:

“Observando sus poderosas ventajas militares y lo dominante de su posición, fortificada con muros salientes y parapetos que ven hacia México, y en el lado del norte, grandes fosos y vastos subterráneos, capaces de contener provisiones para muchos meses, las sospechas del gobierno de que era una fortaleza disfrazada de retiro de verano, no parecen, en resumidas cuentas, tan gratuitas” (10)

Sobre el pueblo de Tacubaya, ambas escritoras coinciden en lo agradable del lugar, que era sitio de retiro para las familias ricas de la ciudad de México, una especie de “casa de campo”, inclusive ambas visitaron allí a notables familias, Madame Calderón acudió a la casa de la Condesa de la Cortina, y Paula Kolonitz a la residencia de la familia Escandón.

9. Kolonitz, *op. cit.*, p. 97

10. Madame Calderón, *op. cit.*, p. 52

También conocieron cada una en su momento, San Agustín de las Cuevas donde año con año se realizaba la fiesta del pueblo. Sobre las corridas de toros que dentro de los festejos se escenificaban, originalmente les pareció un espectáculo cruel. Lo que sigue es la descripción de Calderón:

“El espectáculo en conjunto, es de una gran belleza; la habilidad de que hacen gala, divierte; más ese modo de atormentar al toro repugna, y por aquí embotan las puntas de sus cuernos, siente uno más simpatía por él que por sus adversarios del género humano” (11)

Pero muy poco más tarde la opinión ha cambiado:

“¡Otra corrida de toros ayer por la tarde! Es como con el pulque, al principio le tuerce uno el gesto, y después se comienza a tomarle el gusto” (12)

Kolonitz por su parte, se abstuvo de presenciarse, de probar siquiera, antes de elaborar un juicio como el que hiciera tan parecido a Calderón:

“Yo fui incapaz de asistir a aquella bárbara alegría; nuestros compañeros nos aseguraron que es tan miserable la parte que tienen en ella los toros y los caballos, que no es otra cosa sino una repugnante carnicería” (13)

No obstante los parámetros europeos que las guiaban, supieron reconocer los valores inherentes al ser mexicano, a saber: la hospitalidad, la caridad, el amor a la familia y a los amigos, el respeto y la limpieza. Pero también criticaron acremente la impuntualidad y la pereza, signos negativos a su juicio del ser mexicano.

11. *Ibidem*, p 59

12. *Ibidem*, p 119

13. Kolonitz, *op.cit.* p 101

Encontró Madame Calderón que las muestras de hospitalidad llegaban a la exageración:

“Sucedió que Don Fernando [...]al saber de nuestra llegada, no considerando su casa suficientemente buena, alquiló otra, amueblando parte de ella para nosotros. ¡Esta es la hospitalidad al por mayor que suele uno encontrar en este país! (14)

Para Kolonitz las muestras de afecto fueron numerosas:

“Pero yo, lo digo de verdad, no tuve de los habitantes de México más que amistad, cortesía y benevolencia, y habiéndolos tratado dentro de su propias familias, me parecieron muy hospitalarios” (15)

Ambas encontraron que el ser diligente es característica de los mexicanos. Calderón observó que las manifestaciones en el buen vestir y la buena educación tenían tintes barrocos: “Los modales de las Señoras de aquí son amables en extremo; pero la etiqueta española y los cumplidos resultan de un fastidio más allá de toda ponderación” (16).

Con un paladar acostumbrado a la gastronomía europea, encontraron que los alimentos de esta región les eran demasiado ajenos y se sorprendieron por un alimento básico en la dieta del mexicano: la tortilla. Kolonitz coincidiría con Madame Calderón cuando esta relató lo que sigue:

“Entre el medio día y el toque de oración se hace una comida, la cual muy frecuentemente está compuesta de alimentos del país. Tanto el pobre como el rico tienen una gran predilección por las tortillas y los frijoles. Las primeras se hacen con harina de maíz y tienen la forma de una rebanada sutil, tan grande como un plato, blanda y sin sabor. El pobre la come en lugar de pan. A veces la doblan a manera de cuchara para comer los frijoles, de los cuales los mejores crecen en los campos de Veracruz” (17)

14. Madame Calderón, *op. cit.*, p. 245

15. Kolonitz, *op. cit.*, p.111

16. Madame Caldeón, *op. cit.*, 68

17. *Ibidem*, p. 106-107

ESTA TESIS NO DEBE
SALIR DE LA BIBLIOTECA

Sin embargo, nuestra Madame Calderón también acabó por adaptarse y hasta gustar de las tortillas recién hechas:

“Y esta referencia a los cuchillos y tenedores me lleva de la mano a citar el hecho de que todos los criados de México y todo el común del pueblo ¡comen con los dedos! Los más curiosos enrollan dos tortillas que les sirven de cuchillo y tenedor, y que, os lo puedo asegurar por experiencia propia, es mil veces preferible que nada cuando habéis aprendido a usarlas” (18).

Interesadas ante lo nuevo que sus ojos veían, admiraban los inventos prehispánicos. El papel sobre el que escribían los antiguos aztecas, llamó la atención de ambas. Nos refiere la Condesa: “Los aztecas que se servían de caracteres jeroglíficos y de otros ciertos signos para expresar sus palabras, dejaron importantísimos escritos sobre papel, que preparaban con las hojas del maguey” (19)

Calderón ya había hablado al respecto, añorando aquel pasado prehispánico:

“Sin embargo, pocos son los adelantos que se registran entre los mexicanos, en lo que se refiere al pulque comparándolos con el ingenio de sus antepasados indios. Sobre papel hecho de su fibra, los antiguos mexicanos pintaron sus figuras jeroglíficas. Las duras y afiladas púas que terminan sus gigantescas hojas se usaban como clavos y alfileres” (20)

Dentro de la tecnología usada en la época, tuvieron oportunidad de adentrarse en el proceso de la extracción de metales. Visitaron las minas cercanas a Pachuca que Humboldt describiera a principios del siglo XIX. Minas que estaban bajo el control inglés.

18. *Ibidem*, p. 363

19. Kolonitz, *op. cit.*, p. 99

20. Madame Calderón de la Barca, *op. cit.*, p. 70

Kolonitz nos refiere su visita a la mina del Rosario:

“De allá pasamos a las haciendas, con grandísimas construcciones, donde nos mostraron los varios procesos para sacar el agua de los pozos y cómo, machacándola, la plata se separa, purificándola después de cualquier otro elemento con mercurio, más tarde el mercurio se retira por sí mismo y se recoge la plata pura en pedazos porosos. Finalmente se licúa y se funde en pesadísimas barras con un valor de más o menos 1500 dólares cada una” (21)

Pese a que Calderón estuvo en Real del Monte evitó hablar exhaustivamente aduciendo que podía dar una amplia explicación al respecto de los metales, pero prefirió dejar que otros autores especializados lo hicieran más eficazmente: “Pero para todos estos temas os remito a Humboldt y a Ward, que se ocupan de ellos doctamente, y no he de fastidiaros con observaciones superficiales acerca de una materia tan importante” (22).

Uno de los aspectos negativos que encontraron, y en los que coincidieron, fue la impuntualidad de los mexicanos. Acostumbradas a vivir en países donde todo se cumplía con el reloj, suena normal que se quejaran en ese aspecto. Calderón resignada, decía que este era el “país de la demora”, y Kolonitz vio en la impuntualidad el contraste con su cultura:

“Se prepararon fiestas en honor de sus majestades y la serie debía comenzar con una función de gala, en el teatro. Estaba fijada para las ocho, pero los mexicanos no saben lo que es la puntualidad. La pareja imperial que había traído consigo desde el otro lado del mar la más escrupulosa exactitud, propia de la corte de Viena, llegó al teatro al sonar las ocho y la mitad de los asientos estaba vacía” (23)

Al conocer a los personajes de la esfera política, manifestaron juicios pronto sobre estos.

Kolonitz incluso, se atrevió a generalizar el carácter de los mexicanos inmediatamente:

21. Kolonitz, *op. cit.*, p 146

22. Madame Calderón, *op. cit.*, p 129

23. Kolonitz, *op. cit.*, p 132

“En la forma y en los modales de Angel Iglesias, todavía joven e insinuante, había no sé qué de sospechoso, de tímido y de esquivo que caracteriza a la nueva generación mexicana. Iglesias es un joven médico que hizo sus estudios en París y que juzga a su propio país y a sus connacionales muy objetivamente aunque en el amor que siente por su tierra natal, así como en la mayor parte de los mexicanos, hay algo de profundamente melancólico” (24)

Las citas abundan cuando buscan dejar el retrato de personajes reconocidos y aun de retratos pintorescos de la gente común.

La Condesa Kolonitz dirigió sus descripciones a los que le rodeaban: Miguel Miramón, Tomas Mejia, los archiduques Maximiliano y Carlota y el propio José María Gutiérrez Estrada. Pero también dejó testimonio de cómo eran los indígenas y los diferentes prestadores de servicios, como los aguadores, entre otros.

La que sigue es la impresión que a Kolonitz le refleja Tomas Mejia:

“Aquí conocimos a uno de los más capaces e inteligentes mexicanos que se han puesto al servicio del gobierno del emperador. Es el general Mejía, hombre en la flor de la vida, alto, de piel casi color bronce, los ojos negros y cintilantes, liso y negro el cabello, enérgicos los trazos de la cara y con modales sencillos y suaves que denuncian su origen indígena. Este hombre todavía joven es altamente estimado hasta por los propios franceses pues a su probada lealtad aúna grandísimo valor” (25)

Por ser leales al Emperador, Kolonitz destacó en estos personajes, rasgos interesantes, identificándolos con la cultura de la que formaban parte:

“En medio de los que más sobresalían estaba el general Miramón, todavía joven. A la edad de 20 años fue electo presidente de la república. No sé si su valor fuera grandemente admirado en el ejército, parece que algún delito pesa sobre su reputación. Miramón se ha entregado abiertamente al partido del emperador y su majestad lo recibió con las mayores demostraciones de honor y benevolencia. Paseaba por los salones conduciendo del brazo a su joven consorte, acusado de tener grandes ambiciones. Hay también en las maneras de este hombre aquel aire dulce, delicado, astuto, que es tan característico de los mexicanos y de los cuales guardo en la memoria una impresión casi obsesión” (26)

24. *Ibidem*, pp. 43-44

25. *Ibidem*, p. 82

26. *Ibidem*, pp. 92-93

La imagen que Kolonitz tenía sobre los emperadores los plasmó en fugaces comentarios a lo largo del libro. Es obvia la admiración que les profesaba, y también patentiza el pesar por dejarlos en México, cuando aún no se vislumbraba un gobierno estable.

Kolonitz conoció a José María Gutiérrez Estrada en el otoño de su vida. Calderón le encontró joven y lleno de ideales. Ambas coincidieron al ver en él, al gran personaje político, preocupado por su nación. Calderón se mostró preocupada por el destino de este personaje cuando Gutiérrez Estrada editó su folleto en pro de la monarquía. Kolonitz en cambio, conoció al hombre sentimental que se mostró agradecido de recibir al archiduque en Europa:

“El viejo Gutiérrez de Estrada lloraba de alegría por el honor que su casa recibía. El es un hombre excelente cuyos conceptos políticos no corresponden a los tiempos que corren, pero cuya individual honestidad y lealtad son tales que quizá no vi igual en su país” (27).

Para abordar la figura de Juárez, Kolonitz antepuso una breve referencia del carácter de los indígenas. Pareciera que no le concedió gran importancia al prócer que por entonces en nuestra historia patria se forjaba, ya que no existe más que esta alusión a su persona:

“Los indios son mucho más inteligentes que los negros y su carácter tiene un fondo más noble. En los últimos decenios ha habido entre ellos hombres distinguidos. Juárez al cual sus mayores enemigos no pueden negarle inteligencia y una grandísima energía de carácter, es de pura sangre india” (28)

Los procesos históricos en nuestras autoras son abordados en semejantes circunstancias. Los retomó Calderón para explicar a su familia el por qué de cada sitio histórico. Por ejemplo, en su visita a Michoacán destacó los planes independentistas y las figuras de su iniciador el cura Hidalgo, y los continuadores de la guerra: Morelos y Matamoros.

27. *Ibidem*, p. 23

28. *Ibidem*, p. 119

Escribió, como ya se analizó en otro capítulo, más bien pensando en la necesidad que tenía el pueblo sometido en aras de su independencia, pero en ningún momento justificó los actos sangrientos que se cometieron para llevarla a cabo, muy al contrario los invalidó.

Pareciera que Kolonitz siguió la misma línea de pensamiento, en su caso tampoco el fin justificó los medios:

“La expedición de Hidalgo y sus seguidores, fue manchada por miles de espantosos delitos, por miles de acciones vergonzosas e infames. Parecía que en los indios había vuelto a nacer aquella sed de sangre de los tiempos aztecas, ya apagada, e Hidalgo, el párroco católico, no sabía frenar la crueldad. Primero que nada conquistó Guanajuato, y todos los españoles que vivían en aquella ciudad populosa y floreciente, fueron asesinados. Igualmente corrieron los de las ciudades de Valladolid y Guadalajara, e Hidalgo, ebrio por la alegría de las victorias, pretendía llegar hasta la capital. Pero las noticias de sus barbaridades hicieron volverse contra él a muchos hombres honestos. Un ejército regular salió a su encuentro y el párroco, incapaz de aceptar el desafío, se retiró. Fue perseguido hasta cerca de la ciudad de Aculco y junto al puente de Calderón fue derrotado por el general español Calleja” (29).

En el caso de la figura de Hernán Cortés, y como ya se había establecido, para Calderón este personaje también cometió muchas iniquidades pero priva en la autora el convencimiento de que era “necesario” que se cometieran abusos para realizar la Conquista de México.

El Cortés de Kolonitz, es un héroe aventurero, digno de mencionarlo, de recordarlo. Como de mencionar a la Malinche, o doña Marina, (como dice Kolonitz) “quien con mayores sacrificios, con los más sabios consejos, que más de una vez salvaron a Cortés y a su gente de las astucias y las traiciones de los mexicanos” (30).

Era este Cortés, de Kolonitz al que también se le perdonaba el derramamiento excesivo de sangre:

29. *Ibidem*, p. 161-162

30. *Ibidem*, p. 149

“Pero el genio y la fortuna de Cortés, el gran aventurero, aun después de la espantosa derrota, venció y dominó a los aztecas. Aliándose a las tribus enemigas que querían emanciparse de la dominación mexicana, apoyado por la influencia tanto moral como material de las armas de fuego, guerreando con una valentía que los pueblos admiraban, finalmente, a costa de grandes sacrificios y desventuras, fue abatido y destruido el poderoso reino de México. Se cree que más de doscientos mil hombres, en la lucha, regaron con su sangre el suelo de la bella ciudad” (31)

El presente de nuestras autoras, fue valorado en su momento, y al calor de los acontecimientos por ellas mismas. Es notable que Madame Calderón intentaba alejarse de la política, pero ella misma estaba siendo testigo de coyunturas cruciales entre los pensamientos más arraigados a lo largo del siglo XIX: el liberal y el conservador, y por ello no podía deslindarse de los acontecimientos tan fácilmente. Calderón asumió una postura que, común en ella, hizo más la descripción de un personaje que ver su trasfondo político. No obstante, es posible percibir que para ella el gobierno de Anastasio Bustamante era endeble, por la influencia política de Antonio López de Santa Anna que permanentemente le acechaba; y en quien, Madame Calderón encontró grandes ambiciones políticas y militares. Aún antes de que esta se marchara, vio en la cúspide del gobierno mexicano a este controvertido personaje.

También encontró que los constantes movimientos y revueltas, debilitaban al país. Y el frecuente cambio político sólo reflejaba inestabilidad en todos los campos.

Kolonitz al vivir su presente –1864–, recurrió a la figura de Santa Anna, quien en su óptica, fue el culpable de la inestabilidad absoluta del país, y vio en la Intervención francesa, la solución a ese estado de caos:

31. *Ibidem*, p. 150-151

“En medio de este miserable estado sólo dos cosas podían prosperar: los asaltos y las misteriosas componendas con las más bajas maquinaciones. Siempre y en todos lados donde había una insurrección o una lucha aparecía el nombre de Santana, (sic) que en todo estaba presente tomando parte principal, en el ambicioso juego que ha sabido jugar perfectamente. Aprovechándose de la anarquía y de la impotencia del imperio y sin que se les hubiera dado ningún pretexto para hacerlo, los americanos del norte sorprendieron en 1846 al pobre país y penetrando hasta la ciudad de México impusieron una paz vergonzosa por la cual se quedaban con más de la mitad del imperio. Sin embargo, también es verdad que aquellas provincias así conquistadas gozan actualmente de una prosperidad como jamás conocieron bajo el gobierno mexicano. Era a este estado de cosas que la intervención francesa debía poner fin”. (32)

Por lo ya dicho, deduzco que nuestras autoras manejaran a esas personalidades sobresalientes –ya mencionadas-- como héroes o villanos, que para mí representan al motor de la historia.

Deduzco que en ambas la historia de México es entendida como una serie de luchas crueles, seguidas por periodos de desorden e inestabilidad, pero quien mejor lo refleja es sin duda Paula Kolonitz:

“La historia de la República Mexicana no es sino la enumeración incesante, melancólica y funesta, de una serie de revoluciones, de guerras civiles y de pronunciamientos contra los presidentes; de furor y de rabia por la autoridad y la riqueza de individuos a cargo de todo; una historia lamentable de ruina y destrucción de las riquezas materiales, de la dignidad moral que es la base de todas las naciones, de toda sabiduría y de toda educación y cultura; es la historia de una desmedida corrupción y cultura; es la historia de una desmedida corrupción en todos los ramos de la administración y de la justicia” (33).

En otro aspecto paralelo en nuestras autoras, sobresale el modo como ven la religiosidad, y las costumbres y fiestas que rodeaban este sentimiento.

Es curioso que aunque ambas tenían diferente religión, su perspectiva sea muy parecida, basada quizá más en aspectos que tenían que ver con su educación norteamericana y austriaca respectivamente.

32. Kolonitz, *op. cit.* p. 165

33. *Ibidem.* p. 164-165

Madame Calderón tuvo oportunidad de observar como se festejaba nuestra Navidad, Semana Santa, día de muertos y un largo etcétera de festividades. También fue testigo del ceremonial para ingresar a un convento femenino, y aun presenciar la vida cotidiana de las monjas. No es de sorprender entonces que se sobrecogiera ante muchos actos desconocidos en su mundo protestante. Y me aventuro a pensar que su conversión al catolicismo en E.U. tuviera alguna relación con lo presenciado en México, especialmente las tradiciones.

Frances Calderón insistió que la religión católica impone muchos sacrificios, pero valen la pena cuando se piensa en la recompensa eterna. Reflexionó también que lo único alejado del verdadero fervor, es caer en el fanatismo, con prácticas que en México se sucedían con frecuencia, como las flagelaciones que describió con espanto y hastío. También miró con pesar el encierro a que eran sometidas las monjas, y que a su juicio significaban inmolaciones en vida, tristes destinos escogidos para ellas, pero tan comunes en aquella época. Después de presenciar una ceremonia de aceptación de votos, reflexionó:

“[...] y yo me fui a la casa pensando cuál es aquella Ley de Dios que permite que una niña pueda ser arrebatada del lado de la madre que le dio el ser y enseñanza, y emparedarla por vida en un claustro, entre extraños con los cuales no tiene vínculos ni les debe obligaciones. Estoy dispuesta a admitir que el convento sea refugio de bendición para las calamidades de la vida, cielo abierto para los desamparados, remanso para los cansados del mundo, sagrado y seguro asilo en donde una nueva familia y amigos cariñosos esperan a quienes perdieron los lazos familiares y a sus primeras amistades, más no es por cierto en la flor de la edad cuando un corazón ardiente debe relegarse a la frialdad del claustro. Déjese a los jóvenes correr su propia suerte en los días de esplendor o bajo la tempestad, y quédese el sosegado y sombrío retiro para la vejez desvalida” (34)

34. Madame Calderón, *op. cit.* p. 150

Madame Calderón vio con asombro la solemnidad de Semana Santa. Se extrañó ante la “quema del Judas”, y gozó de la variedad de otro tipo de celebraciones, en especial de la Navidad, donde los platillos referentes a esa época eran tan diferentes a lo que ella había probado antes.

Kolonitz sólo tuvo tiempo para plasmar el efecto de observar los festejos del día de muertos, ella no lo asimiló como lo hiciera Calderón, más bien le pareció que no había motivo que celebrar:

“El día de Todos Santos lo pasamos en México. En cierto modo nos pareció extraño porque se celebra con alegría, con cosas que chocan y que ofenden el corazón, con frivolidad, mientras que en todos los países católicos ese día, más especialmente que cualquier otro, se honra a los que quisimos en vida, a los que mucho amamos y nos robó la muerte. Ya muchos días antes se ponen palos, se alzan tiendas y puestos en la Plaza Mayor que, poco a poco, va llenándose de juegos y confituras. Todo es simbólico, todo recuerda el día de los muertos, así es que no se ven más que pequeños féretros, calaveras, esqueletos, catafalcos y sacerdotes con sus sombreros a la don Basilio, como los usan en el país; largos carros de pompas fúnebres de todas dimensiones y formas, de madera, de azúcar o de cartón, que se ofrecen a los niños para su solaz y para deleite de su paladar. Felices corren las criaturas por las angostas calles que los puestos forman en la plaza y se mira, se goza, se compra. En fin, es un día de fiesta. En todas las casas al caer de la noche se pone una mesa sobre la cual se apoyan catafalcos burlescos y donde se exhiben toda clase de alimentos y de frutas. Los niños y los criados creen que mientras en la casa se duerme, vienen aquí los muertos a sentarse y a banquetearse. Al anochecer, a la luz de antorchas y linternas, el mundo elegante de México se vuelca sobre la gran plaza. Allí se pasea entre los puestos, los negocios ambulantes; allí se ríe, se platica, se bromea y así termina un día que para ellos no es melancólico ni solemne”. (35)

Cabe señalar una contingencia que les tocó vivir a ambas por coincidencia en sus respectivas estancias en México: un sismo. Las dos se impresionaron (¿quién no lo haría?) y expresaron su preocupación por la situación geográfica de la ciudad de México,

35. Kolonitz, *op cit.* p. 171-172

asunto que hoy con mayor razón debiera inquietarnos por el tamaño de la ciudad actual, en relación con la que ellas conocieron.

En las obras abordadas se realizó una comparación. Debo insistir que muchos aspectos se dejaron de lado, en parte por no perdernos en un camino ininteligible de ideas. Mucho se podría decir, más cabe señalar que por lo escrito se deduce un paralelismo entre la Condesa y la Marquesa, con las proporciones guardadas. Un análisis de estas ideas está impreso en las conclusiones que le dan un sentido y significado a nuestra obra principal.

CONCLUSIONES

Al enfrentarme al reto de realizar un análisis historiográfico pensaba que todo iba a ser sistemático, tal vez frío, pero la obra escogida me descubrió diferentes posibilidades.

Cuando realicé el contexto histórico de Frances Calderón me introduje al mundo que la envolvió, ese mundo que nos marca de por vida, nos obliga a cargar el pensamiento de nuestra familia, de nuestra localidad y más allá, de los acontecimientos significativos que hacen que el mundo entero se mueva. No es entonces de extrañar que Frances fuera como fue. Una vida errante entre Escocia, Francia y Estados Unidos. Diferentes idiomas y con una familia al parecer crítica de su tiempo. Todo esto lo reflejó la futura Madame Calderón. Sus amistades fueron determinantes. Muchas veces al leer sus párrafos creo que Prescott le está narrando La conquista de México, describiéndole a Cortés y a la Malinche. Fue entonces necesario saber lo que estaba detrás de ella, para no caer en un rechazo inmediato a su proceder.

Los capítulos referentes a la teoría y la filosofía de la historia, que yo titulé como “La historia y el pensamiento en Madame Calderón” me llevaron nuevamente a acudir a su pasado y presente inmediatos, me hicieron reconocer en ella temas que creía no retomaba, pero es nítido observar que ella intuía lo que movía a la historia, lo que la historia es y persigue, y quienes eran los actores de la misma. Encontró héroes y caudillos que la guiaban; observó todo lo digno de historiar, lo que para nosotros representa el sujeto. Y aun reconoció la subjetividad en la que podría haber incurrido. Sin embargo, esperando no ser subjetiva yo misma, puedo otorgar fiabilidad a nuestra autora, ante todo, porque

constantemente recurrió a datos fidedignos, buscando describir lo más fielmente posible lo que a su alrededor tenía.

En el capítulo comparativo acudí a la retrospectiva para asegurar que nuestras autoras coincidieron en muchos puntos, fueron muy paralelos sus destinos, esas estancias en circunstancias tan análogas y parecidas. Claro está que el factor tiempo las separó, pero hablamos de un mismo siglo, cuando los cambios no eran tan drásticos, cuando era una época donde no se vivía como hoy, donde agotamos cada minuto en el trabajo, en los traslados, donde cada segundo cuenta para proyectar nuestras necesidades. Y es entonces cuando comprendo como estas escritoras se sentaban a analizar cada momento de su vida, cómo se solazaban en sus escritorios, cómo podían recordar palmo a palmo los acontecimientos diarios y aún escribirlos. Esas eran las razones prácticas e inmediatas que las movieron: “escribieron para no olvidar”.

Considero que al haber tal paralelismo en las obras de estas dos autoras, están agotando parte de la crítica que una sola pudiera soportar; es decir, hablan de muchos procesos históricos, semejantes, y escriben casi sobre lo mismo, con los mismos prejuicios, y con la misma subjetividad.

Pero también descubrí que Madame Calderón intentó comprender esa sociedad, esos habitantes del campo y de la ciudad, y quiso encontrar las razones para ser como eran. En cambio, Paula Kolonitz no se dio el suficiente tiempo, tal vez no lo tuvo, para comprender lo que le rodeaba, sin embargo, nos dejó un reflejo de su muy particular modo de ver las cosas: tan europeo y ajeno.

Aunque sus obras son muy paralelas, existen matices en cada una. Calderón muy aguda al pensar y al escribir, Kolonitz muy reticente. Ambas impregnan el escrito con frases que invitan a la risa espontánea, o a la reflexión de nuestro ser como mexicanos.

Vista de manera práctica, La vida en México tiene una enorme aportación a la cultura y a la historiografía no solo nacional sino también mundial, puesto que nos muestra las costumbres y la vida cotidiana del siglo XIX; forma parte de la conciencia colectiva de este país; de allí se deriva que sea útil para conocernos como mexicanos: seres únicos y diferentes. Y también para cohesionar un país tan dividido ahora en costumbres y modos de vivir, pues pareciera que los del norte no conocen a los del centro, y estos a los del sur. O viceversa.

También la obra de Madame Calderón nos hace interesarnos por las festividades y costumbres de antaño. Hoy la Navidad es una época de consumismo desmedido y como ésta, muchas fechas se comercializan. Calderón nos narró unas posadas llenas de tradición y significado, lo que en el fondo deberían ser. Leer la obra, es una vuelta al pasado, a retomar lo abandonado. Hoy la sociedad pierde una lucha contra los valores heredados. A nosotros corresponde darle sentido a la realidad.

La obra nos sirve también para interesar a los estudiantes de nivel medio o superior en el sentido histórico. Pareciera que la historia no les sirve de nada, pues buscan la manera de aprobar un curso, pero su conciencia histórica está perdida en una mar de consumismo, medios de comunicación y videojuegos. No los culpo, son fruto de su tiempo.

Interesarlos en leer a Madame Calderón no es difícil. El libro es un clásico, y los clásicos se leen solos. Es la manera en que está escrito, atracción grata para jóvenes lectores.

Tampoco es una casualidad que muchos autores hayan retomado a Madame Calderón para escribir sobre la ciudad, sobre la comida o el arte, tantos y tan variados temas. He encontrado que Salvador Novo, Artemio del Valle Arizpe, Justo Sierra O' Reilly, Luis González Obregón y otro número incontable de autores, a más de las compilaciones que casas editoras como las de la Secretaría de Educación Pública y la Universidad Nacional

Autónoma de México, han editado sobre la ciudad de México, donde aparecen párrafos de nuestra autora. También extractos de La vida en México y Un Viaje a México en 1864 aparecieron en el espacio teatral, en la obra: "Suya, afectuosamente..." dirigida por Roberto D' Amico y representada desde 1983 en esporádicas temporadas.

Hace poco observaba con asombro un programa televisivo donde se planteaban los últimos inventos para la arqueología: la utilización de computadoras, imágenes virtuales y un sinfín de tecnología, la cual también es válida para la reconstrucción de la historia. Y me pregunté ¿qué tanto podemos conocer del pasado histórico, sin tener un testimonio como pudiera ser el de Madame Calderón?. Quizá mucho menos de lo que hoy sabemos.

Sin menospreciar todos esos adelantos tecnológicos, muy al contrario, apreciándolos enormemente, creo que los testimonios del pasado como La vida en México se valorarán siempre por lo que son. Siempre estarán vigentes, aún con cada paso agigantado de la tecnología, porque habrá algo que ésta no podrá sustituir: el sentimiento con el que fueron escritos, con el que nos fueron ofrecidos, como nos fueron dados.

BIBLIOGRAFÍA

Adams, Willi Paul, Los Estados Unidos de América, traducción de Máximo Cajal y Pedro Gálvez, México, Historia Universal siglo XXI, volumen 30, 1979.

Aaron, Raymond, Dimensiones de la conciencia histórica, México, FCE, 1984.

Barrios de Horcasitas, José Luis, Encuentros con la ciudad de México, México, Crédito Mexicano, 1986.

Bakker, Gerald y Len Clark, La explicación. Una introducción a la filosofía de la ciencia, México, FCE, 1994.

Bazant, Jan, Breve historia de México. De Hidalgo a Cárdenas (1805-1940), México, Ediciones Coyoacan, Diálogo abierto / 34 / Historia, 1995.

Bloch, Marc, Introducción a la historia, México, FCE, 1984.

Carr, E.H., ¿Qué es la historia?, Barcelona, Seix Barral, 1978.

Collinwood, R.G., Idea de la historia, México, FCE, 1972.

Corcuera de Mancera, Sonia, Voces y silencios en la historia. Siglos XIX y XX, México, FCE, 1997.

Danto, Arthur, C., Historia y narración. Ensayo de filosofía analítica de historia I, Barcelona, Paidós, 1989.

Degler, Carl N. y otros, Historia de los Estados Unidos. La experiencia democrática., traducción de Haroldo Dies, México, Limusa, 1990.

Diadiuk, Alicia, Viajeras anglosajonas en México, México, Sepsetentas, no. 62, 1973.

Diccionario Porrúa. Historia, biografía y geografía de México, México, Porrúa, tomo A-N, 1976.

Enciclopedia de México, José Rogelio Alvarez (director), Enciclopedia de México- SEP, México, 1983.

Gadamer, Hans-George, Verdad y método. Fundamentos de una hermenéutica filosófica I, Salamanca, Sígueme, 1993.

Goldberg Gewirtz, Alicia, Visión anglosajona femenina y viajera en torno a México, México, UNAM, Tesis de Licenciatura, 1969.

Gómez Navarro, José y otros, Historia del Mundo Contemporáneo, México, Alhambra mexicana, 1997.

González, Luis, “Xavier Clavijero. Abogado de América” en: Sergio Bagú, De historia e historiadores. Homenaje a José Luis Romero, México, Siglo XXI, 1982.

Gran Diccionario Enciclopédico Visual, Humberto Mussacchio (compilador), México, Programa Educativo Visual, 1984.

Historia de México, México, Salvat Editores, volumen VII, 1974.

Huizinga, Johan, El concepto de la historia y otros ensayos, México, FCE, 1977.

Kahler, Erich, ¿Que es la historia?, México, FCE, 1970.

Kolonitz, Condesa Paula, Un viaje a México en 1864, traducción de Neftalí Beltrán, México, Sepsetentas, no. 291, 1976.

La ciudad de México. Antología de lecturas siglos XVI-XX, Hira de Gortari y otros (compiladores), México, SEP, 1995.

Madame Calderón de la Barca, La vida en México, traducción, introducción y prólogo de Felipe Teixidor, México, Porrúa, Colección “Sepan Cuantos” no. 74, 1997.

Martínez Lacy, Ricardo, Dos aproximaciones a la historia de la antigüedad clásica, México, UNAM, 1994.

Moradiellos, Enrique, El oficio de historiador, México, Siglo XXI, 1994.

Morison, Samuel Eliot y otros, Breve historia de los Estados Unidos, traducción de Odón Duran y otros, México, FCE, 1987.

Novo, Salvador, Cocina Mexicana, México, Porrúa, 1997.

Prescott, William H., Historia de la Conquista de México, traducción de Lucas Alamán, México, Porrúa, “Sepan Cuantos”, no. 150, 1990.

Robles, Vito Alessio, Alejandro de Humboldt. Su vida y su obra, México, SEP, Biblioteca Enciclopédica Popular no. 49, 1945.

Schaff, Adam, Historia y verdad, México, Grijalbo, 1974.

Schneider, Herbert W., Historia de la Filosofía Norteamericana, traducción de Eugenio Imaz, México, FCE, 1950

Teixidor, Felipe, Viajeros Mexicanos (Siglos XIX y XX), México, Porrúa, “Sepan Cuantos” no. 350, 1982.

Valle Arizpe, Artemio del, La Güera Rodríguez, México, Porrúa, Biblioteca Mexicana, no. 2, 1960.

Varios autores, Historia ¿para qué?, México, Siglo XXI, 1974.

Vázquez de Knauth, Josefina, Historia de la historiografía, México, Sepsetentas no. 93, 1973.

Viajes en México, Crónicas extranjeras, México, SEDUE.

Ward, Henry George, México en 1827, México, FCE-SEP, Lecturas Mexicanas no. 73, 1985.

Xirau, Ramón, Introducción a la historia de la filosofía, México, UNAM, 1987.